

L. / F. -15-2



C. Felices Andújar

LORES

DE

FRANCO

© 1891 99999 ©
© 1891 99999 ©

ALMERIA: 1891.

TIP. DE LA PROVINCIA, PRINCIPE 1.



FLORES DE TRAPO

AL F. 15-2

FLORES DE TRAPO

POR

CÁRLOS FELICES ANDUJAR

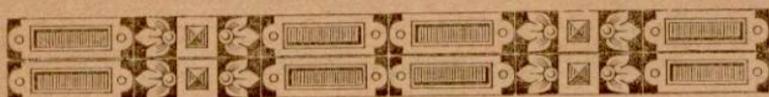


ALMERIA

TIP. DE LA PROVINCIA, PRINCIPE, 4.

1891

Es propiedad.



ESGENA ÍNTIMA

(MONÓLOGO CASI SERIO.)

Hoy quisiera trabajar
en cualquier cosa, escribir,
pero no sé qué tratar.
¡Si yo pudiera encontrar
algo nuevo que decir!

El asunto es lo primero
y uno bueno necesito
original y ligero,
y tiene que ser bonito
porque sinó no lo quiero.

(Gran páusa. Instintivamente
pongo una mano en mi frente
para que la idea brote,

y mientras, tranquilamente,
me estoy tocando el bigote.)

Ya está el plan; ¡y es muy bonito!
Ahora á ver como lo trato.
Busquemos un titulito....
(Después de pensar un rato
escribo.... y borro lo escrito.)

Pues, señor, no doy con él;
este título me abrumba
de una manera crüel....
¿Si estará mala la pluma
ó será malo el papel?

Metió el título la pata;
no sale y esto me mata,
mas con ello no me avengo....
¡Bravo!... ¡eureka! ya lo tengo:
«Los celos de una beata.»

Ahora á echar quintillas fuera:
«Predicando caridad
va por una carretera....»
¡Jesús, qué barbaridad!
No sirve; de otra manera.

«A lo largo del camino
de *Madri* á Carabanchel,
iba montando un pollino
el fraile benedictino
reverendo Rafael.»

¡Vamos, esto es otra cosa!
esta quintilla es preciosa....

al menos no tiene ripios.
¡No hay cosa más fastidiosa
para mí que los principios!

¡Un borrón!.... No entraba en cuenta.
Mi cuenta era bien distinta
y esa mancha me revienta.
¡Y gracias á que esta tinta
no la sacan en la imprenta!

Adelante... Por si acaso
haré que ella no rehusé,
la caso y... No, no la caso...
¡Nada, si sigo á este paso
no paso de lo que puse!

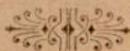
Gracias á que voy ligero
y ya tengo una cuartilla...
¡Mal rayo!... ¡Me desespero!
¡Pues no he volcado el tintero
en vez de echar arenilla!

.....
Ya está la composición
y ahora voy á ver qué tal....
(La leo con detención
y con grave entonación.)
Pues no me parece mal;

pero lo que más me agrada
es la hermosa y bien pensada
conclusión del trabajito;
lo demás no vale nada;
¡el final sí que es bonito!

De mis trabajos quizás
sea el que me agrada más.
¡Si á todos pasara así!
¡Si gustara á los demás
igual que me gusta á mí!

Mas nada de esto sucede
y siempre ha de darme un palo
el público, que no cede....
Pero, señor, ¿soy tan malo?
Coro de lectores:— ¡Puede!





A CANDELARIA CIRRE



SONETO

Como hay algo del cielo en tu sonrisa
y es obra de las hadas tu figura,
vas dejando un reguero de hermosura
sobre la tierra que tu planta pisa.

A la luz de tus ojos indecisa
resplandece tu nitida blancura,
¿y cómo ha de haber sombrá en tu alma pura
cuando tienes lo blanco por divisa?

Son los suspiros de tus labios rojos
ayes de amor y trinos de las aves
que cantan una estrofa misteriosa;

mas nada hay cual los cielos de tus ojos
al entreabrir tus párpados suaves
que parecen dos pétalos de rosa.





A UNA INGRATA

Alma y vida de mi sér,
no desprecies mi pasión.
¿Por qué no me has de querer
cuando te vengo á ofrecer
entero mi corazón?

Mírame á tus piés de hinojos;
¿por qué has de hacerme sufrir?
Calma pronto tus enojos,
mira que voy á morir
si no me alumbran tus ojos.

Mitiga mi padecer,
calma mi dolor profundo,
porque sinó vas á hacer
que traspase mi querer
á la chica del segundo.

Sé que me dejas, ingrata,
por un nécio, un hotentote,
y sé que el chico es un rata,

y sé que es un monigote
y que ha metido la pata.

Mas como tu amor no deje,
como te pretenda más
y en su manía no ceje,
cuando no lo espere, ¡zás!
le divido por el eje.

Él puede seguir con eso
si lo creyera mejor,
pero, hija, te lo confieso,
¡si él puede hacerte el amor
yo puedo romperle un hueso!

¿Por qué desprecias, por qué,
mi amor ardiente y sincero?
Que eres injusta se vé.
¿Tú sabes lo que te quiero?...
¡Pues yo tampoco lo sé!

Tu amor para mí es más grato
que la luz de la alborada,
y si me olvidas me mato,
dándome una puñalada....
(en la suela del zapato.)

Puedes creerme: te quiero
como el sábio á sus ideas,
como el avaro al dinero.....
(mejor es que no me creas,
porque soy un embustero)

Ámame por Dios. Ya ves

que no soy del todo malo.
¡Mírame, ingrata, á tus piés!
Amame ó te doy un palo
como dos y una son tres.

Desamparado me dejas
sin norte, sin luz, sin guía,
y he de exhalarte mis quejas
por más que tú me aconsejas
que se las cuente á mi tia.

Con tu desdén me anonadas
y eres injusta conmigo.
¿No te tengo regaladas
unas ligas coloradas
y otras cosas que no digo?

Calma pronto mi deseo
antes que el dolor me mate.
¿Es que te parezco feo?
Pues soy guapo; ¡ya lo creo!
¡Yo feo!.... ¡qué disparate!

Conmigo eres despiadada
¡como todas las mujeres!
Amame, prenda adorada,
mira que sino me quieres
¡me *arreglo* con tu criada!



UN ARREGLO



—¿Y de eso te habló?

—Cabal;

y que no hay quien me desmienta,
por que es más verdáz que el mismo
Levangelio de la iglesia;
y dijo más.

—¿Más toavía?

—Dijo que eres un *boceras*,
con la mar de presunción,
que no hay de donde te venga;
que ella no te puede ver
y tú estás guillao por ella,
pero que *no hay de qué darlas*,
pues ha visto *al fin de fiesta*,
que no tienes dinidáz
ni cosa que lo *parezga*
Hace ya catorce dias
no la das una peseta,
y eso, vamos, no está bien
ni medio bien *tan siquiera*,
pues tié que comer y come,
digo yo, de lo que encuentra.

—¿Y qué más?

—Pues náa; después
dijo que tú, *tan y mientras*,
te marchas con otros pillos
á coger la *filosera*,
que te dura quince días,
cuando no te dura treinta.

Que *te traes* muchos *infundios*
y la mar de *prosopeya*,
pero que no tienes lacha.
ni *distingues* ni *diquelas*.

—¿Y qué más?

—Me habló de cosas
que me callo por prudencia.

—Pues dilas.... ¿qué más te da?

—Es que son de *tracendencia*
y yo no quiero que al fin,
si á mano viene, te pierdas;
es que tú...

—¡Menos dibujos!

—Soy tu amigo y pa que veas,
te voy á hablar la chipén,
¡pero por Dios no la metas!
Pues vas á ver: fué y me dijo
que no le sirves á ella,
por que asegura que te
se busca y no te se encuentra.
Que por esto y por lo otro
fué y por debajo de cuerda,
se arregló con el *Inacio*,
el novio de la Nemesia;
lo cual que es la que te tiene
en dislocación completa

y hace ya bastantes dias
que estás colao con ella.
Que con *Inacio* está bien,
y que ayer fuistes á verla,
y que sabes que te falta,
pero callas y la dejas,
haciendo la vista gordo,
porque no tienes vergüenza.
Y siguió y.... ¡la mar! Te digo
que contó cosas muy feas,
y.... ¡vamos, que eres un lila
si no vas y la revientas!
—¿Y qué más dijo?

—¿Más quieres?

¿Puede haber mayor ofensa?
¡Pues si eso enciende la sangre!
—Pero oye, ¡maldita sea!
Si en esto que pasa aquí
no hay ninguna cosa nueva,
¿como quieres que yo vaya
y le arme una *tabarrera*?
Esa te ha tomao el pelo,
pero de mano maestra,
y se ha quedao contigo
con *muchísima* inteligencia,
por que conoce la cosa
y le gusta, por más señas.
—¿Pero tú como consientes
que el *Inacio* y la *Nemesia*
y tu novia.... y tóo ese lío?
—¡Hombre, no seas babieca!
Es que él, ella y yo... y los cuatro,
¡estamos viviendo á medias!



El final de un drama.

Á MI AMIGO EL DISTINGUIDO POETA

Fermin Gil de Aincildegui.

ESCENA ÚNICA

(Es de noche. La luz de una sola bujía alumbra la estancia, y de pie, inmóvil, con los ojos desmesuradamente abiertos, la mirada descompuesta y sombría y el rostro pálido y rígido como el de una estatua de mármol, se halla FERNANDO frente á CÁRMEN que se mira temerosa y cobarde, muda, avergonzada, triste. Ella tiene los ojos enrojecidos como de haber llorado; sus labios secos y cárdenos se estremecen ligeramente; sus mejillas húmedas presentan ráfagas amoratadas, y entre sus pestañas vése una gota pequeña, brillante, fija, como una lágrima que se ha cuajado. En el suelo hay varias flores pisadas y deshechas.— Pequeña páusa.— Después FERNANDO dá un paso hacia CÁRMEN y ésta retrocede asustada, lanzando un ligero grito de miedo tan ahogado, que más que un signo de horror parece un suspiro, una queja, el aleteo de un alma que se escapa.)

FERNANDO.—No.... no tiembles todavía. ¡Aún no es tiempo! ¿No ves que estoy sereno.... que quiero estar sereno, aunque siento aquí en la cabeza la sangre golpear con furia, y en el corazón un dolor inmenso que me mata y en el alma una pena infinita, un desconsuelo sin esperanza que no logro arrancarme por más que lucho entre angustias supremas? Yo debiera matarte.... quisiera matarte, despedazándote, porque lo mereces, pero no puedo.... ¡no puedo!.... Me has destrozado las entrañas y sin embargo estoy aquí.... frente á tí.... y no te ahogo porque á pesar de todo te quiero.... te quiero con cariño desesperado y siento fiebre de tu amor y rábía de tus caricias y de tus besos.

CÁRMEN.—Mira, Fernando; no trato de sincerarme á tus ojos, ¡sería inútil! He sido siempre buena para contigo, y sólo una ilusión de tus sentidos, agrandada por tus celos, por tus horribles celos, me hace culpable. Si no me crées, obra, véngate, pero no me atormentes. Si merezco la muerte, dámela, pero pronto, ¡no vaciles! ¿No me ves débil, indefensa? Pues hiere.... hiere.... ¿Me tienes miedo acaso? ¿Te detiene la compasión ó la cobardía?

FERNANDO.—¡Calla... calla! No provoques, azotándole, al león porque en un tiempo le venciste con tus halagos. Los rayos caen cuando hay tempestad en el cielo y yo llevo la tempestad en la cabeza y son las nubes vapores de sangre. ¿Sabes lo que es tener un alma grande, henchida de ternura y ver como la desgarran sin piedad? ¿Sabes lo que es amar con delirio y sentirse morder el corazón por celos infernales, y llevar llanto en los ojos y tristeza infinita en el alma?... ¡Ay!.... ¡Cómo me arde la frente, cómo

me ardel!... y aquí en el corazón ¡qué frío!... (*Pausa.*) ¡Has sido muy ingrata conmigo!... Yo estaba arriba, en la luz; tú abajo, entre las sombras del vicio, revolcándote impura. Miré al fondo y ví una flor cuyos pétalos brillaban á través del lodo que los cubría. ¡Eras tú! ¡Cuán hermosa te contemplé entonces! Creí ver en tí algo bueno, algo noble que te rodeaba como un nimbo de claridad celeste, y me olvidé de todo y bajé al abismo... ¡y te saqué! ¿Te acuerdas? Viví feliz porque te amaba. Ante mí todo sonreía de placer, y efluvios misteriosos me acariciaban y armonías celestiales llenaban mi alma de alegría. Yo te veía resplandecer como la gloria, adivinaba en tus lábios sonrisas que embriagaban y miraba en tus ojos promesas de caricias infinitas... ¡Todo acabó!... ¡todo acabó! ¡Fué un relámpago de felicidad que se extinguió para siempre!

CÁRMEN. —No, para siempre no. Aún puede volver para nosotros la dicha. Yo te quiero, Fernando...

FERNANDO.—Mientes... mientes.

CÁRMEN.—Te quiero y me perdonarás. ¡Soy muy desgraciada! Tú eres bueno y no has de permitir que el dolor me mate. ¿Verdad que me perdonarás?

FERNANDO.—Nunca, jamás. No puedo creerte... no debo creerte, porque sé que me engañas.

CÁRMEN.—Volverá la vida á sonreírnos de nuevo, haré que al calor de mis besos renazca tu alegría y te ahogaré en mis caricias. Fernando, Fernando mío, ¿por qué me atormentas? ¿No ves como lloro porque tu cariño vuelva? Te amo... ¡te amo! (*Rodeándole el cuello con sus brazos.*)

FERNANDO.—Aparta, aparta.

CÁRMEN.—Para tí es toda mi alma y tú lo sabes.

Deja esos celos que te martirizan y te ciegan, y mírame queriéndote siempre, oprimiéndote así... así... ¡Mírame, mírame!

FERNANDO.—(*Rechaza con violencia á Cármen que cae en una butaca, ocultándose el rostro entre las manos.*) Suelta... déjame, demonio del infierno, hipócrita serpiente. No conseguirás fascinarme otra vez con tus mentidos halagos. Ya te conozco, ya he visto lo que eres, ya sé que en tí sólo caben la falsedad y la perfidia... ¡Aparta! ¿Qué hay en tus ojos, que me atraen con fuerza irresistible, como abismos sin fondo? ¿Qué amor es el mío, que no puedo arrancármelo del alma, y lo tengo aquí... en el pecho, desgarrándome el corazón y mordiéndome desesperado hasta triturar uno á uno los átomos de mi carne?... Ven. Quiero creerte. (*Acercándose á Cármen é intentando descubrirla el rostro.*) Mírame con amor, con verdadero amor... ¡que yo lo vea! Dí que me quieres sin temblar, ¿lo oyes? sin temblar; sin que esos lábios que tanto he besado palidezcan, y dáme... á ver tu corazón como late... ¡á ver como late! (*Pequeña pausa. Cármen lanza un gemido apagado, débil y permanece inmóvil; Fernando retrocede tambaleándose como un borracho.*) ¡Todo mentira .. todo mentira! Pero ya no me engañarás como antes. Recuerdo tan bien aquella escena, que todavía... ahora... siento el calor de la vergüenza abrasándome el rostro. ¿Verdad que la recuerdas tú también?... Saltó por tu balcón y era tu amante y yo le ví.—«Tus ojos te engañaron»—me dijiste, y dudé de mis ojos.—«No era mi amante... no era mi amante. A tí solo te quiero, á nadie más que á tí»—afirmaste después; y ahogué mis celos... y te creí. ¡Te amaba tanto! Y ahora otra vez

del mismo modo, veo á tu amante salir de tu habitación de robarme tu cuerpo y tu alma... de robármelos, porque son míos, míos sólo.. ¡Imposible! No intentes negarme la realidad descubierta ante mi vista. ¿Qué te hice yo, qué te hice para que así te burles y me manches de ignominia? Creí poder purificarte y te entregué mi honor limpio, inmaculado. ¡Todo inútil! Te saqué del fango y no lo puedes separar de tu frente; viniste del vicio y está en tí todavía, asido á tus entrañas. Vas rodando hacia el abismo y me arrastras contigo y caeré sin remedio, porque este amor satánico que me consume debe de haberse forjado en los antros infernales de donde saliste..... Quieres envilecerme con tus halagos y te tengo miedo, porque eres hipócrita como la serpiente.

CÁRMEN.—Fernando, Fernando, no me humilles, no ofendas mi dignidad, que las heridas al amor propio duelen mucho y ya tengo el corazón ensangrentado.

FERNANDO.—Déjame acabar... déjame arrojar toda la hiel que tengo en el pecho, todo el veneno que llevo en la garganta. Sé que eres solo corrupción y miseria y no quiero callarme. Muestra tu corazón podrido y muerto, enseña todo cuanto hay de repugnante en su interior, para que se vea. . ¿Por qué te cubres con esa máscara de bondad, por qué finges si ya he leído en el fondo de tu alma como en un libro abierto? Ya que eres infame, sé franca, abiertamente infame...

CÁRMEN.—¡Fernando!

FERNANDO.—Habla con el lenguaje de los malvados, porque quiero aborrecerte, deseo odiarte y necesito ver tu alma desnuda por completo, con su fealdad horrible.

CÁRMEN.—(*Revolviéndose como un tigre, levantándose de la butaca y avanzando amenazadora y fiera.*) Pues bien; acepto el reto. Abajo esta careta que me pesa como el plomo. Mirame como soy, igual que la fiera herida que ni respeta ni perdona. Voy á mostrarte mi interior lleno de odio inmenso, eterno, por que te aborrezco... ¡te aborrezco! ¿Qué querías? ¿Esperabas de mí amor inagotable? ¿Y por qué? ¿Qué te debo?

FERNANDO.—¡Gratitud... gratitud y amor!

CÁRMEN.—¡Gratitud! ¿Acaso la mereces? Si me arrancaste del lodo, subiéndome á lo alto, no fué por bondad de tu corazón, fué por egoismo de tus pasiones, por egoismo sólo. Me viste bella, sentiste por mí las mordeduras del deseo, amor acaso, y me sacaste del abismo. ¿Fué por grandeza de alma? No, no lo fué. Sinó me hubieses encontrado hermosa, ¿me hubieras salvado de la perdición... contesta, me hubieras salvado?

FERNANDO.—Me estás asesinando y ya no puedo más.

CÁRMEN.—¿Y qué me importa? No te he amado nunca, no te amaré jamás. Mi corazón, que no puede ser esclavo de quien no sabe interesarle, siguió al que le atraía como imán poderoso, y tuve un amante... ¡ójyelo bien, un amante! ¡Con qué placer pronuncio este nombre que á ti te quema los lábios y á mí me embelesa el alma y suena en mi oído como armonía dulcísima! Te odio y no puedo vivir contigo por más tiempo. ¡Me voy con *el!*... Déjame salir, porque á tu lado me falta aire que respirar y me asfixio.

FERNANDO.—Detente... Mira que ya estoy ciego y no respondo de lo que haga; vé que la locura se

apodera de mi cerebro y ya siento en la cabeza oleadas de fuego que me quema; mira que el demonio de la ira me impulsa hacia tí y mi voluntad no puede sujetarlo. No apliques el fuego á la mina encerrada en mi pecho, que su explosión sería terrible y ¡ay de tí entonces, ay de nosotros!

CÁRMEN.—Déjame marchar, suelta, aparta. Quiero alejarme de tu lado para siempre.

FERNANDO.—No, Cármen, no lo harás.

CÁRMEN.—Sí, sí lo haré. ¿Quieres soportar otra vez, como antes, tu infamia y tu vergüenza? Lo has hecho en otro tiempo: supiste que estabas deshonorado y callaste; viste la mancha sobre tu frente y te resignaste cobardemente con ella, porque eres un miserable prostituido.

FERNANDO.—¡Jesús! (*Se lleva las manos á la frente para apagar los latidos de sus sienes, y retrocede ébrio de dolor, aturdido, loco.*)

CÁRMEN.—No me inspiras ni compasión siquiera. Te he engañado... ¡mira si soy franca!.. te he engañado casi gozándome en mi delito. Ya has visto mi interior. Es muy horrible, muy negro, ¿verdad? Pues aún tu egoísmo es más horrible y tú más infame, y huyo de tí por eso... ¡A la sombra de nuevo!

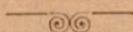
FERNANDO.—Se acabó... se acabó... ¡se acabó! (*Cerrándola el paso y sacando una pistola que amarilla.*) ¿Tú lo quieres? Pues bien, sea y que el infierno juzgue mi obra, porque á él voy rodando contigo. (*Dispara sobre Cármen, que cae lanzando un gemido. Páusa. Después Fernando arroja la pistola y retrocede dando muestras de un dolor sin límites.*) ¿Qué hice?... ¡Dios mío! ¡Muerta! ¡Está muerta y he sido yo!... No, no puede ser... no quiero que sea. (*Cayendo*

de rodillas junto á su amada y besándola con arrebatos de locura.) ¡Cármén... Cármén! ¡Oyeme! Te quiero... te quiero todavía con toda mi alma. Abre tus labios para decirme que me amas. Vive... vive, consuelo mío y perdóname, que yo también te perdono... ¡Cármén!... ¿No contestas? ¿No hablas para calmar esta angustia que me ahoga?... ¡Dios mío!... Está fría... fría como el seno de las tumbas y no la puedo reanimar con mis besos... (*Levantándose.*) ¡Maldición, maldición sobre todos!... Yo he sido el miserable, yo he sido el infame que ha cortado el hilo de su existencia... y esta es su sangre... su sangre que ha manchado mis manos y mi alma... Allí está la que amé, la que amo ahora más que nunca, porque hay en mi cariño toda la fuerza de la desesperación... ¡Es ella... es ella! ¡Mírala cómo se extingue su sonrisa, cómo se apaga la luz de sus ojos!... Y yo aquí... yo aquí todavía... ¡No, no puede ser!... ¡Vida, acábate para siempre! (*Con acento desesperado.*) ¡Corazón, deja de latir, que ya no puedo llevarte por más tiempo! Algo me llama con gritos desgarradores y allá voy á sepultarme en tinieblas infinitas. Demonios que sufrís el peso de la maldición eterna: venid aquí á contemplar vuestra obra; venid aquí: yo os llamo. Soy vuestra presa; ya no puedo salvarme... no hay en mí nada bueno, porque llevo la desesperación en el alma. Aquí murió mi amor, mi esperanza, todo, al acabar esa vida... Y la mía... la mía... ¡al abismo! (*Dispárase un pistoletazo en la cabeza y cae.*) Se acabó también... ¡se acabó también!





FILÍPIGA



Voy á hablarte, Sisebuto,
con toda formalidad,
aunque sé que eres un bruto
de primera calidad.

No me taches de grosero
si con lenguaje altanero
te llamo perro judío,
y ten en cuenta que quiero
demostrar al mundo entero
que te portas como un *tío*.

Me han contado el otro día
que has cometido el deslíz
de hacer la corte á María,
la chica de las de Ortiz;
y que con el ojo alerta
te ve la gente que pasa
haciendo el oso á la puerta
de su casa

Esto me ha puesto furioso,
pues sabes perfectamente
que yo también la hago el oso
y que pienso ser su esposo
para el invierno presente;
y por eso estoy que trino,
pues nunca pude creer
que un día un sietemesino
se pusiera en mi camino
como lo acabas de hacer.

¿Sin duda te has figurado
que porque te has presentado
me voy á volver atrás?
Pues, hijo, apártate á un lado,
porque estás equivocado,
¡ya lo creo que lo estás!

Deja de rondar su casa,
que mi calma es bien escasa
y si un día pierdo el tino,
ya verás lo que te pasa
por pollino.

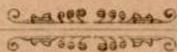
No pienses por Dios en eso,
porque desde hoy te confieso,
mi querido Sisebuto,
que una vez en un exceso,
aunque sé que eres muy bruto
te voy á romper un hueso.

Con que ya estás enterado;
vete á buscar otro amor,
porque este te ha resulta 'lo
un camelo superior.

Pero si es tan decidida
tu pasión, que oír te impida

estos consejos sencillos,
no me pidas más pitillos
en los días de tu vida.

Y no me fastidies más
correteando su acera,
pues ahora mismo te vas
ó te pego una puntera
por detrás.





Acordar tarde.

(MONÓLOGO DE UNA JÓVEN.)

À mi amigo Juan Garcia Cirre.

¿Vendrá? ¡No sé, no sé! lo ha prometido,
pero ya son las dos y no ha venido.
No, no puede tardar, porque presiento
los besos que me dá su pensamiento
por ansias de caricias encendido.

¡Qué hermoso es el amor! ¡cómo me llena
el alma de alegría

y cómo mis sentidos enajena!

Según este cariño me encadena

nó puede haber pasión como la mía.

Y él me quiere también, me quiere mucho,

me lo ha dicho mil veces conmovido,

y aún la armonía de su voz escucho,

con vaguedades de eco, en el oído.

Hay tal luz en sus ojos si me mira,
que lo que pasa en mí nadie lo sabe,

y si la llama del amor lo inspira,
es su acento tan dulce y tan suave
que á veces no sé si habla ó si suspira.

Le he querido olvidar, pero no puedo,
porque es perder su amor, perder la calma,
es arrancar su imágen de mi alma,
y pensarlo tan sólo me dá miedo.
Y es ahora mi cariño tan vehemente
que ya la fiebre á devorarme empieza,
y siento arder mi frente
cual si tuviera un horno en la cabeza....

¡Cómo me late el corazón, Dios mío,
y cómo me ha robado el albedrío
este amor insensato en que me anego!...
¡Ha de haber en sus besos tanto fuego
que cuando pienso en ellos me dá frío!

¿Qué pasa en mí?. . Temblar me hace esta idea
que sin querer mi corazón agita,
y no hallo nada en que consuelo vea,
pues yo, que siempre me encontré bonita,
ahora, no sé por qué, me encuentro fea....

¡Bah!... ¡Ilusión!... ¡ilusión! ¡pueril cuidado
que de que mengüe su cariño siento!
Y es que le quiero mucho; hasta he notado
que invaden mis sentidos, á su lado,
las oleadas de fuego de su aliento.

Tan sola estoy que, vamos, no me gusta
la lúgubre quietud que en torno miro....

¡Á todas las mujeres nos asusta
no escuchar ni una nota ni un suspiro!
En soledad no hay risas ni placeres
ni se oyen del amor las barcarolas,
y es tan contraria á femeniles séres,

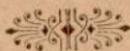
que yo sé que en el lecho las mujeres
se ponen á soñar por no estar solas.

¿Qué me dirá?... Sin duda, conmovido,
como alegre trinar de ruiseñores,
entonará en mi oído,
con ese eterno idioma indefinido,
lenguaje peculiar de los amores
que ya al nacer tenemos aprendido,
un poema de músicas y flores,
lleno de esos tiernísimos rumores
que producen las aves en su nido.

Y quiero oír sus frases amorosas
que me inundan el pecho de alegría,
y escuchar de sus labios esas cosas
que son conversaciones misteriosas
que sostiene su alma con la mía.

Mas.... ¡Dios mío!... estoy sola y él ya viene
y de mí va á exigir y.... ¡tengo miedo!
pues como él con sus brazos me encadene,
hay que luchar y resistir no puedo,
porque el amor sin voluntad me tiene.

Me he colocado al borde del abismo
y ahora ya siento el corazón cobarde....
¡Ya sube!.. ¡ya está aquí!.. ¡Siempre lo mismo!..
¡Cuando me acuerdo del peligro es tarde!





REGLA Y EXCEPCIÓN

— 82 —

¿Me preguntas, Ascensión,
quién ama con más pasión,
si el hombre ó si la mujer,
y acerca de esta cuestión
me pides mi parecer?

Pues escucha,
que aunque sé perfectamente
que mi experiencia no es mucha
en el asunto presente,
te voy mi opinión á dar
clara, franca, terminante,
porque te quiero probar
que soy un chico galante.

En un potro me coloca
esa pregunta inaudita,
pero contestar me toca
por hacérmela una boca
tan bonita.

Voy á dañar tu egoismo,
pero ya que tu cinismo
me quiere comprometer,
te contestaré lo mismo

que sí no fueras mujer.

Yo... ¡qué quieres!
aunque exagere la idea,
ni he creído en las mujeres
ni es fácil que nunca crea.

¿Por qué, dices, Ascensión?
Pues te lo voy á explicar;
verás que tengo razón.

¿Qué, te extraña mi opinión?
¡Claro, no te ha de extrañar!

Niñas aún, sin comprender
que son los amores fuego,
ya estáis jugando á querer...
y por eso la mujer
hace del amor un juego.

Nos seguís luego engañando
con traidoras socaliñas,
¡y cómo creeros, cuando
con el hombre estáis jugando
desde niñas!

Vais ganando en esbeltéz,
os ponéis con esto huecas
y abandonáis de una vez
los juegos de la niñez
por los juegos de muñecas;
y sin ver que os compromete,
todo lo echáis á barato,
y en menos de un periquete,
hacéis del hombre un juguete
conque entretener el rato.

¿Has comprendido, Ascensión?
Pues aún puedo asegurar
sin miedo á equivocación

que no tenéis corazón
ó de tenerlo ha de estar
tan negro como el carbón.

Jamás vuestro pecho siente,
mas fingís sentir en tanto
que el egoísmo os precisa,
y es de ver cuán fácilmente
pasáis de la risa al llanto,
volvéis del llanto á la risa.

Resumiendo:

aunque el objeto no entiendo,
os pasáis en realidad
media existencia fingiendo
y la otra mitad haciendo
como que decís verdad.

¿Que exagero mucho y que
hago afirmaciones locas?
¿Que hay excepciones? Lo sé,
¡mas son, Ascensión, tan pocas!...

Como es mi opinión formal,
nadie en el tintero queda;
yo hago regla general
y sálvese la que pueda.

De seguro
que te pone en un apuro
mi descarada opinión,
mas yo, Ascensión, te aseguro
que lo hago sin intención.

Examinarme has querido
y al punto acepté tu exámen;
has hablado, he respondido
y á tí... no te ha complacido,
de seguro, mi dictámen.

Lo sé, mas he de advertir
que aunque me déis que sentir
y aunque murmure la gente,
me es imposible mentir
y necesito incluir
á todo bicho viviente.

.....

Ten presente
que ésto no reza contigo,
porque eres tan remonona
que nada de lo que digo
se refiere á tu persona.

Tú eres buena con exceso
y eres sincera y hermosa,
digna como la que más,
y no te incluyo por eso,
porque tú eres una cosa
distinta de las demás.

Todos los encantos tienes
conque mi mente soñó,
por lo tanto me convienes,
pero.... ¿te convengo yo?

Oiga tus frases suaves
filtrándose en mis oídos
como el canto de las aves,
oiga tus dulces gemidos,
¡háblame como tú sabes!

Yo no quiero á las mujeres,
pero me muero por tí
y con tus ojos me hieres.
¿Me quieres, niña, me quieres?...
¡Dí que sí!





Serenata.

Abre, Pepa, la ventana
y saca el morro y asómate,
que aquí está Paco Morcilla,
el más barbián de los hombres,
pa cantarte cuatro coplas
y decirte cuatro flores.

Sal de la cama en que estás
metida entre lienzo borde,
y no me tengas aquí
parado toda la noche,
mira que tú, mayormente,
no sabes el *gris* que corre,
lo cual que no tengo capa
y llueve que es un disloque.

Ya sabes que por tu cuerpo
estoy echando los bofes,
porque vales tú... ¡la mar!
¡un dineral de millones!
y te traes unos andares,
y una sandunga, y un corte,
y una gracia en esos ojos,

que paecen dos faroles,
que, vamos, eres la espuma
de España y sus posesiones.

Sé que el *Bitroque* y el *Chato*
te andan haciendo la corte,
y hasta me han dicho que tú
te mueres por el *Bitroque*;
que juntos el otro día
tomastes los dos un coche,
y *sus largastes* de aquí,
y *sus fuistes* no sé dónde,
pa correr allí una juerga
de señor y *pater noster*.

Ya ves que eso no está bien
ni es justo que así te portes,
másime más cuando tienes
con mí mismo relaciones
y nunca te he dao motivos,
digo yo, pa que te enojés.

Si el otro día llegué
con una pítima enorme
y por esto ú por lo otro
te dí cuatro ú cinco golpes,
no es que yo te quiera mal,
no es por eso, que te *coste*.
sino que los hombres... ¿sabes?
son así... tan hotentotes
que uno tié que hacer las cosas
pa que no digan los hombres.

Conque no seas ingrata
y escucha mis tiernas voces,
que yo prometo quererte,
y no darte desazones,

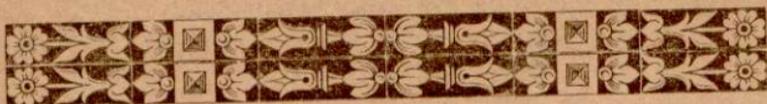
y llevarte á pasear
por donde á tí te se antoje;
y si quieres ahora mismo
te bajas aquí de un trote,
porque yo, ya sabes tú
que en tocante á estas cuestiones,
sé gastarme veinte céntimos
ú veinticinco... ¿lo oyes?
y tú pides lo que quieras
y te orsequio... y tan conforme.

No digas más por ahí
que me desprecias por torpe,
porque te rompo las muelas
el día que me incomode;
¡mira que por más que digan,
soy más bruto que el *Bitroque*!

Así, ten por entendido
que si atiendes mis razones,
aquí está Paco Morcilla,
el más barbián de los hombres,
pa cantarte cuatro coplas
y decirte cuatro flores;
pero si es que no me quieres
y te vas con otro, entonces
voy sin chistar y te rompo
el *estrenón*... ¡conque escoje!

Adiós, estrella del barrio,
no te canto más canciones
porque allí viene el sereno
y me puede dar un golpe.





EL REMEDIO



A JOSÉ BUENO GORDERO.

I.

—Doctor, venga por favor;
mi esposa está muy malita
y si tarda usted, Doctor,
va á morir la pobrecita.

—Pero ¿qué pasa?

—Muy grave
es, D. Antonio, su mal
y ayer... ¡ay! usted no sabe...

—¿Qué?

—Que se puso fatal.

—¡Bah!... ¡Los nervios! Con mi ayuda
ya curará... ¡Será histérica!

—No... fué cólera, sin duda,
porque estaba muy *colérica*.

Tiene arrebatos atroces
y se irrita y desvaría

y se pasa dando voces
todas las horas del día.

Padece extraños antojos,
y ayer, por capricho insano,
quiso sacarme los ojos
para verlos en la mano.

Yo hago esfuerzos inauditos
para calmar su arrebato,
pero me vé, dá dos gritos
y luego me tira un plato.

Si ha de seguir como empicza,
póngase usted en mi lugar
y dígame con franqueza
si esto se puede aguantar.

Yo á su lado no me arrimo,
ni la miro, ni la toco
y solamente su primo
consigue calmarla un poco.

Hoy, cuando á casa llegué,
entré en el cuarto de Estrella,
lo cual que recuerdo que
estaba el primo con ella,

y al mirarme, en tal estado
observé que se ponía,
que yo me acerqué á su lado
creyendo que se moría.

—Oye— me dijo con mimo—
me siento muy mal, Crisanto.
Busca al doctor, que mi primo
podrá cuidarme entre tanto.

...Esta es la historia, Doctor,
de esa enfermedad maldita.
¡Venga pronto, por favor,

y salve á mi mujercita!

Pues como la quiero tanto,
yo sus dolores reuno
y... ¡vamos, hombre, que aguanto
lo que no aguanta ninguno!

Haga que su mal acabe,
pues le digo con franqueza
que ahora soy yo quien no sabe
lo que tengo en la cabeza.

—Lo comprendo. ¿Y hace mucho
que ese mal...?

—De un mes no pasa.

—¿Y al sentir el arrechucho
le manda salir de casa?

—Sí, señor, no me respeta
y se pone irresistible.

—Bien, le daré una receta
que es de un efecto infalible.

Marche usted á su casa. .

—¿Y qué?

—Y al llegar, sin más detalle,
al primo le pone usted
de patitas en la calle.

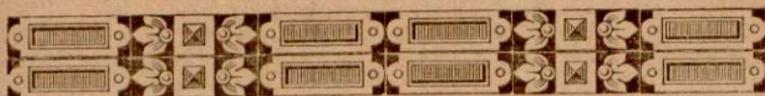
Y si ella se encoleriza
y sigue con su locura,
le pega usted una paliza,
¡verá usted como se cura!

II.

Aunque no logré saber
del fin la verdad completa,
me han dicho que á su mujer

dió Crisanto la receta;
y fué tal el resultado
que hoy vive el hombre tranquilo,
¡y á su mujer no le han dado
ataques por el estilo!

© 1888 999AA ©
© 1888 999AA ©



GOZAS DEL TIEMPO

— 0000 —

I.

¿Lo recuerdas, mi vida? Silenciosa
te hallabas, sola y triste, en tu aposento;
con estudiado hermoso desaliento
deshojaban tus manos una rosa.

Estabas aquel día tan hermosa,
que hoy, al llegar á tí mi pensamiento,
siento.... ¿pero á qué digo lo que siento
si tú te has de quedar cual si tal cosa?

Se agitaba tu lindo cuerpecito
como el del que ha esperado con exceso
y á devorarle la ansiedad comienza.

Después entré en tu estancia, diste un grito
que mis lábios ahogaron con un beso,
y te pusiste roja de vergüenza

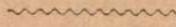
II.

Filtróse en nuestras almas el hastío;
pasó el tiempo feliz de la ventura;
de nuestro amor, tesoro de ternura,
queda sólo un recuerdo leve y frío.

Ya reina en nuestros pechos el vacío;
cual antes tu mirada no fulgura,
y de tu antigua espléndida hermosura
sólo queda la sombra, dueño mío.

¡Cómo cambian las cosas de este mundo!
Ayer, vergüenza si dejaba impresos
mis labios en tu boca palpitante;

y hoy, que te miro con desdén profundo,
te quedas impasible ante mis besos.....
¡y no sube el rubor á tu semblante!





¡No mas penas!

AL POETA D. JOSE DURBAN OROZCO

¿Y me pides versos, Cárlos?

¿Cuare tu conturbas me?

J. DURBÁN.

¿Conque estás desesperado,
con el pecho *destrozado*
por culpa de una mujer?
Pero, hombre, ¿qué te ha pasado?
¡Contesta, vamos á ver!

Hay mujeres tan impías
que á fuerza de picardías
hagan que, al cabo y al fin,
vengas llorando en latín
lo mismo que Jeremías?

¿Cuare causam? ¿Quién así
en el corazón te hiere?
¿Quién se está cebando en tí
et tú quoque filii mi
quousque tandem abutere?

¿Causantes de tu aflicción
las *mulier mulieris* son?...
¡Liberanos, dominé!...
(Ahí llevas la relación
de todo el latín que sé.)

Nada, Pepe, haces muy mal
en entristecerte tanto.
Cierra el saco lagrimal
y ya has de ver, al final,
cómo se fastidia el llanto.

No te entregues al dolor,
porque no tienes motivo...
¿Que sientes amor? ¡Mejor!
¡Qué demonio!... ¡si el amor
ha sido siempre festivo!

¿Ser desgraciado no quieres?
pues mira el amor con flema.
Si eres infeliz, lo eres
porque eso de las mujeres
lo tomas por donde quema.

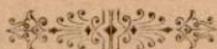
Si alguna te dice *nones*,
ve que la cosa es sencilla
y no te desilusiones...
¡Contra las irritaciones
está la zarzaparrilla!

Sigue mi consejo fiel,
que es sincero, y ten en cuenta
que no hay que hacerse de miel.
¡Da el amor cada *pastel*
que el que lo traga revienta!

Si tu carácter vehemente
te arrastra por la pendiente
y á la pasión te encamina,
acude inmediatamente
á tomar mi medicina.

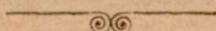
Poco amor, mucho sosiego,
mucha paz y mucha calma;
si hay fuego, se apaga el fuego
y ya verás como luego
sientes dulzura en el alma.

Que si ser dichoso quieres
no hay más que pensar con flema,
pues ser infeliz, lo eres
porque eso de las mujeres
lo tomas por donde quema.





¡A la otra puerta!



CORRESPONDENCIA PRIVADA.



I.

Querido Carlos: sabrás cómo, desde que he llegado, estoy que no puedo más de puro desesperado.

Me tienes hecho un tostón con estas costumbres sanas, porque no hay más diversión que salir á pescar ... ranas.

Esta vecindad me había con su carácter sencillo, y... nada, que el mejor día tomo el tren y *me las guillo*.

Ya hablaré punto por punto de esto en la carta que viene, y ahora, vamos al asunto por la cuenta que me tiene.

Hay aquí un periodiquito,
aunque te parezca raro,
que no será muy bonito,
pero que resulta caro.

Y á falta de otro mejor,
por no aburrirme y morir,
pues ... me han hecho redactor
y me dedico á escribir.

Por esto, celebraré
me envíes un trabajillo
y yo lo publicaré
en *El Eco de Portillo*.

Y si es que no te importuna,
á mi petición doy fin
rogando me mandes una
novela de folletín.

Si has de complacerme, quiero
que haya en la trama interés,
y que intervenga un torero,
y dos condes y un marqués.

Que haya un alcalde mayor
que tenga una hija ejemplar
que esté perdida de amor
por un mozo del lugar;

y á esta mujer, su fortuna
ha de ofrecerle el marqués,
que al fin se casa con una
señora... que no lo es.

Que intervenga un usurero,
un chulo y una beata,
un soldado, un bandolero,
un guardia civil y un *rata*.

Que haya un teniente valiente,
de una procedencia oscura,
y que resulte el teniente
sobrino de un padre cura.

Por efecto de este lío,
que el marqués se mate airado,
que el conde se tire al río
y se degüelle el soldado.

Robe al chulo el bandolero,
que ahorcado por esto muere,
y que reviente el torero
de un cólico *miserere*.

A su hija el alcalde mata
creyéndola impura y vil,
y junto con la beata
se escapa el guardia civil.

Que el teniente, en un arranque,
se vuelva loco de amor
y se arroje en un estanque
con el alcalde mayor.

Que á causa de estas contiendas
muera el cura asesinado....
y en fin, lo que tú comprendas
que puede dar resultado.



Ya sabes lo que te digo;
contesta sin dilación
y no olvides á tu amigo
que te distingue, RAMÓN.

II.

Querido Ramón: Leí
tu epístola singular
y, vamos, que me reí
sin poderlo remediar;

y de mi asombro no salgo
por más veces que la leo....
¿Quieres que te mande algo?
¡Pues te mandaré... á paseo!

Yo comprendo que me halagas
en mi amor propio de humano,
pero, por Dios, no me hagas
un escritor *aldeano*.

No quiero pasar en seco
varias horas de vigilia,
por más que verme en *El Eco*....
¡qué honor para la familia!

¿Y el folletín? ¡Qué trajín
y qué horrible confusión!
Eso no es un folletín,
es más bien un panteón!

¿Quién se decide á emprender
esa idea estrafalaria?

¡Hay, al acabar, que hacer
venir á La Funeraria!

Por eso estoy irritado
de tu proceder sin tino....
¿Acaso te has figurado
que yo soy un asesino?

Deja de pensar horrores,
que de ellos nada se alcanza,
y haz otras cosas mejores....
¡dedícate á la labranza!

Mas si á tu instinto le plugo
el matar á quince ó veinte,
dale ese encargo al verdugo,
que él lo hará perfectamente.

Pero sabe de una vez
que merecías por zote,
que te echara mano el juez
y que te dieran garrote.





DIFERENCIAS

I.

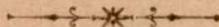
Cuando yo te adoraba con anhelo,
con loco frenesí, con desvarío;
cuando tú eras mi vida, dueño mío,
y en tí cifraba todo mi consuelo;
cuando en tus ojos contemplaba el cielo,
tu corazón, indiferente y frío,
con inmenso desdén y con desvío
pagaba mi cariño y mi desvelo.

Algunas veces, como siempre hermosa,
pasabas por mi lado sonriente
y yo mudo y absorto te miraba.

Mas via tu sonrisa desdeñosa
y tu fría mirada indiferente,
y, sin poderme contener, lloraba.

II.

Hoy que el tiempo al pasar mató tu risa
y ha mudado la faz de tu existencia;
hoy que de tí al borrarse la insolencia
más humilde te has vuelto y más sumisa;
hoy que nada me importa tu sonrisa
ni tu fría y esquiva indiferencia,
que has cambiado de amor con más frecuencia
que cambia la culebra de camisa,
no sé por qué, mi bien, cuando te veo
por mi lado pasar humildemente,
me acuerdo de mi amor y tu desvío.
Y aunque ya no es el mismo tu deseo
ni te muestras conmigo indiferente,
¡te miro con desdén y me sonrío!





APUNTES

A MANUEL ROBLES YAÑEZ, MI AMIGO QUERIDO.

I.

El alma, única fuente de consuelos,
siempre estará con la razón en guerra,
pues esta sólo mira hacia la tierra
y aquella mira siempre hacia los cielos.

II.

Yo no sé cómo pasa y por qué pasa,
ni haré de averiguarlo el sacrificio,
pero es una verdad como una casa,
que la última pasión que nos abrasa
es siempre la más grande á nuestro juicio.

III.

Cuando un amor en nuestro pecho nace
y la mujer querida es luego aleve,
como el amor es fuego y se deshace,
queda el alma más fría que la nieve.

IV.

¡Cuánto habéis mis pesares mitigado,
recuerdos que mi mente ha conservado!
Feliz el que no olvida,
porque al volver el alma á lo pasado
parece que renace á nueva vida.

V.

Los ojos son un arma de combate
cuando la luz por ellos se desata,
y una mirada sin amor no mata,
pero viene el amor y hace que mate.

VI.

Decir me place aunque os importe un pito,
pues en esto, lectores, no me meto,
que entre otras muchas cosas que no cito,
no creo en los amores sin objeto.

VII.

En la vida la lucha nos atrae
y cada cual por su ideal pelea,
mas todo mártir que en la lucha cae
es un nuevo argumento de la idea.

VIII.

No decid que hay un corazón tan sano
que ame por sólo amar, porque no os creo,
que no existe á mi ver amor humano
que pueda separarse del deseo.

IX.

El sér enamorado es como el ave
que los trinos nos dá de su garganta.

Nadie ha encontrado del amor la clave
y el hombre ama porque ama, y más no sabe,
como el pájaro ignora por qué canta.

X.

El ver una ilusión desvanecida
nos causa tanto daño... tanto daño,
que nos arranca parte de la vida,
porque un sueño deshecho es una herida
que le hace al corazón el desengaño.

XI.

Hay quien su fé sintiendo quebrantada,
niega la nada con ardor demente,
y es sin embargo una verdad probada
que está vacía el alma indiferente,
que la conciencia del malvado es nada.

XII

Tanto pensé en el cielo, en mi desvelo,
que he perdido la fé que antes tenía
y no me queda ya ningún consuelo,
pues embebido en contemplar el cielo
me olvidé de los rezos que sabía.

XIII.

No os entreguéis, mujeres seductoras,
de una inmensa pasión á los ardores,
pues nos prueba la Historia á todas horas
que de grandes amores
salen siempre las grandes pecadoras.

XIV.

Nadie es tan obcecado
que al Sér Supremo niegue cuando al lado

escuche de la muerte el aleteo,
pues Dios, que llena todo lo creado,
es la última esperanza del ateo.

XV.

Yo que de amor sé menos que cualquiera,
tengo como verdad irrefutable
que ninguna pasión es incurable
y es la mayor la menos duradera.

XVI.

Una maldita duda me sofoca
y recurro, lector, á tu talento:
¿Son más dulces los besos de la boca
que los que dá soñando el pensamiento?

XVII.

Toda mujer, si la pasión la atrae
y es el amor el sueño de su vida,
aunque quiera evitarlo, siempre cae
cuando empieza á temblar por su caída.

XVIII.

Busqué del corazón la ciencia amarga
y hoy sé, porque lo enseña la experiencia,
que si es carga pesada la conciencia,
el no tener conciencia es mayor carga.

XIX.

Un corazón inerte
es un sepulcro frío;
está en aquél la nieve del vacío
como en éste está el hielo de la muerte.

XX.

El malo no vé el bien en parte alguna
y á nadie da de la honradéz la palma,
pues no se puede ver virtud ninguna
mientras no la llevemos en el alma.

XXI.

Aunque esta mi opinión os cause enojos,
yo, en contra del dictámen de los sábios,
al amor que se expresa con los ojos,
prefiero el que se dice con los lábios.

XXII.

Como es contento para el alma entera
despertar un cariño verdadero,
no hay mujer que no quiera
sentirse amada del amor primero.

XXIII.

¡Virtud, existes!... Aunque no te vea
himnos á tí mi corazón entona.
Tengo de tu grandeza tal idea,
que el no verte es razón de que te crea,
pues niego la virtud que se pregona.

XXIV.

¿Que por qué del recuerdo los reflejos
nos llevan á otro mundo más dichoso
cuando empezamos á sentirnos viejos?
Porque como lo vemos desde lejos,
hasta el dolor se nos presenta hermoso.

XXV.

Lo he leído en el libro de la vida,
capítulo que trata del olvido:
Quien lleva al alma la ilusión asida,
verá todo amor real desvanecido,
pero un sueño de amor nunca lo olvida.

XXVI.

¿En la pasión se piensa que nos hiere
al sentir que se escapa el alma humana?
¿Decís que nunca olvida quien bien quiere?
Si acaba *aquí* toda ilusión mundana,
¿qué le importa el amor al que se muere?

XXVII.

Para aquél que á la duda se ha entregado,
desierto el mundo está de polo á polo,
pues quien pierde la fé, se queda aislado
y el que sabe rezar, nunca está solo.



NO ES BASTANTE



Voy á declararla, Elisa,
el por qué ya no la veo
ni voy á buscarla á misa
ni á paseo.

Desde que yo soy su amante
todo el dia se me pasa
dando vueltas por delante
de su casa;
y aun con eso,
ni un beso, ¡quién lo diría!
he alcanzado todavía;
esto no es ningún exceso,
pues un beso
lo da cualquiera hoy en dia.

Yo considero y acato
el recato en la mujer
si es sentido y verdadero,
mas tantísimo recato,

Elisa, no puede ser,
ni lo aguanto, ni lo quiero.

No lo aguanto, por lo pronto,
porque no me gusta estar
en la calle como un tonto
y pasar y más pasar
para arriba y para abajo,
y luego, dígame ustedé,
¿para qué tanto trabajo,
para qué?

Para nada,
pues al fin de todo esto
alcanzo alguna mirada,
desde el balcón, por supuesto,
ó una graciosa sonrisa
cariñosa, enamorada,
remitida á toda prisa,
de pasada,
mas ¡ay, bellísima Elisa!
á mí no me importan nada
ni su mirada precisa
ni su sonrisa obligada.

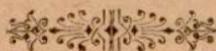
Por lo tanto,
hoy dejo de ser su amante,
pues este amor *ambulante*
quita la paciencia á un santo
y cuando yo no lo aguanto
no hay ninguno que lo aguante.

Este amor insuficiente
es para mí por lo pronto,
y le diré finalmente
que no quiero amar... en tonto,

francamente.

.

Mas ya que este amor *tronó*,
¿á que no me envía usté
la cadena y el reló
que hace días le mandé?
¿á que nó?





VOLVER POR OTRA



Ya me han dicho, Margarita,
que por tu cara bonita
te hace Telesforo el bú,
y que te pidió una cita
que le concediste tú.

Me han afirmado también
que ha vencido tu rigor
y ha templado tu desdén,
pues cuando te habló de amor,
tú le contestaste: amén.

Sin duda alguno se afana
por humillar tu decoro,
pues dicen que en la ventana
te han visto con Telesforo
á las tres de la mañana.

Esta noticia corrió
y hoy asegura la gente,
que la mujer que así obró
no es juiciosa, ni prudente,

ni Cristo que la fundó.

Ya ves por qué, Margarita,
la opinión pública grita
y en tí con furor se ceba...
¿Y quién la razón le quita
si hay quien dice que la lleva?

Ten, Margarita, cuidado
con ese amor *trasnochado*,
y teme el peligro oculto,
que el amor es muy osado
y se va derecho al bulto.

Yo que conozco el ardor
conque tu alma enamorada
acoge á un adorador,
sé por qué, para el amor,
prefieres la madrugada;

pues no olvido ni un momento
que hasta tu reja también
llegué de amores sediento,
y... lo demás no lo cuento
porque tú lo sabes bien.

Como ahora estás tan bonita,
cualquiera se precipita
al mirarte y se desmanda,
y el mal está, Margarita,
en que eres un poco blanda.

Aunque taches de osadía
que tu conducta reproche,

lo hago porque sentiría
que olvidases aquel día...
es decir, aquella noche.

¿Que hay una reja? Corriente;
pero aunque eso es conveniente,
no te fies sin embargo,
mira que dice la gente
que Telesforo es muy largo.

Haz lo que fiel te aconseja
el que tu desgracia vé:
tu amor insensato deja,
pues lo que empieza en la reja
acaba donde yo sé.

No dejes de obrar con tino,
(que los actos imprudentes
comprometen tu destino)
ni volver por otra intentes,
porque ese es muy mal camino.

Tu amante en tu casa ha entrado
y seguís dale que dale,
pero el pueblo lo ha notado
y ya se habla demasiado
de lo que entra y lo que sale.

Y aunque, como puedes ver,
para aconsejar no valgo,
hablarte así es mi deber,
que un día puedes caer....
¡y te vas á romper algo!





CORREO INTERIOR

— 202 —

I.

Mi querido *Monifacio*:
antiyer frente á Palacio
te vide con la Genara,
que debe de estar despacio
pa mirarte á tí á la cara.

Taguanto tus borracheras
y tóos tus vicios *taguanto*,
mas no hay razón pa que quieras
tomarme el pelo de veras,
porque no te sufro tanto.

Y si á la postre te vienes
con escusas y belenes,
no me harás que me convenza,
pues ya he visto que no tienes
ni dinidáz ni vergüenza.

Tal vez *tabrás* figurao
que no sé lo que me pesco
y te tendré sin cudiao,

por que pasé por tu lao
y te quedastes tan fresco.

Pero me la has de pagar
por embustero y por pillo,
y vas á sufrir la mar,
y al fin te vas á quedar
más corrió que un novillo.

Hace un mes *próximamente*,
según me ha dicho el *Sidoro*,
que estás con esa indecente,
y aunque sabes que te adoro
hasta la paré de enfrente,

ya me falta la paciencia,
pues de eso á que tú te entregues
de completo á otra querencia
y vengas luego y me pegues,
va *muchísima diferencia*.

Talvierto pa un por si acaso,
que *tan y mientras* que estás
con esa haciendo el payaso,
no te azmito que me des
explicaciones del caso.

Sigue con esas mujeres
que son igual que tú eres ..
y náa, que hemos acabao.
Las bofetás que me has dao
te las volveré si quieres.

Ya lo sabes. Busca ahora

amistáz con esa alhaja,
que yo soy una señora
y tu trato me rebaja.
Adios. Tuya,

NICANORA.

II.

Nicanora: ¡Me has partío!
Tu carta me ha dejao frío,
pero por no hacerte un feo,
esta *pistola* te envió
por *conduto* del correo.

Ya ves que esta es una *ación*
de gente de distinción,
y que yo no me hago el sordo
y me gasto un perro gordo
cuando llega la ocasión.

Pues te digo que no sé
por qué me tratas tan mal.
¿Que estaba con otra? ¿Y qué?
¿Puedes culpar lo que fué
inclinación natural?

Supón que por ser yo blando
me hubieras puesto... en un potro
y que, mayormente hablando,
me estuvieras engañando,
pongo por caso, con otro.

Pues yo no haría contigo
lo tú que has hecho conmigo,
que el pundonor... y el derecho...

¿estás?... ¡vamos, que te digo
que me quedo *sastifecho!*

¿Que mientras fuimos amantes
no te dí más que rabetas?
¿Y el *derezo* de diamantes
y *rubises* y brillantes
que me costó tres pesetas?

¿Y el dije sobredora?
¿y las medias que te pones
si vas de noche... á algún lao?
¿pues y tóos los mojicones
que te he pagao... y te he pegao?

Sidoro, que es muy astuto,
quedrá pillarte por novia,
mas si *acetas* á ese bruto
me tiro por el *cueduto*
de la calle de Segovia.

Adiós, rosa perfumá,
adiós, cacho de topacio;
si me haces una trastá,
de la primer *manguzá*
te divide

MONIFACIO.

~~~~~



## VIRTUD AL USO



(FÁBULA INMORAL HASTA CIERTO PUNTO.)



*A mi amigo Emilio Garcia Aguilar.*

I.

Un perro marrullero,  
un ligero descuido aprovechando,  
robó un pequeño trozo de carnero  
que el cocinero estaba preparando  
para echarlo al puchero.

Al mirarle un amigo y camarada  
y al ver que allí para los dos no había:  
—¿Cómo robas—le dijo — esa tajada,  
cuando por eso mismo el otro día  
te dieron una tunda,  
y era por igual causa la segunda?

Tienes cosas de gato,  
(esto es entre los perros un insulto)  
y es además tu proceder ingrato,

pues ningún perro culto  
se porta con sus amos de ese modo;  
mas tú eres y serás un majadero,  
miserable y ratero,  
acostumbrado á arrebatarlo todo.

Ahora voy enseguida  
á contarle á nuestro amo lo que pasa,  
que la carne le falta en la comida  
porque tú la has robado de la casa. (1)

Contó, en efecto, todo lo ocurrido  
á su amo el mismo día,  
y este, por justa causa enfurecido,  
buscó al perro ladrón que se escondía,  
y llevando su furia hasta el exceso,  
quiso con un bastón romperle un hueso.

—Tus intintos carnales—  
dijo—castigaré; ya no te escapas...  
Y el cuerpo le llenó de cardenales  
que no podrán jamás llegar á Papas.

## II.

El perro ladronazo, cierto día,  
por otro descuidillo semejante,  
robó un jamón que en la despensa había;  
y su fiel compañero,  
al ver que para dos era bastante,  
le dijo:—No te escondas, majadero;  
no temas que del robo dé yo *cante*

---

(1) Si en este parlamento algunos yerros,  
lector, se te viniesen á la mano,  
los debes dispensar, porque los perros  
no conocen muy bien el castellano.

como dí la otra vez, cuando el carnero.

Estoy completamente convencido  
de que antes era un tonto consumado;  
reconozco mi yerro  
y estoy arrepentido  
y á más de arrepentido, escarmentado.  
¡Entonces no era digno de ser perro!

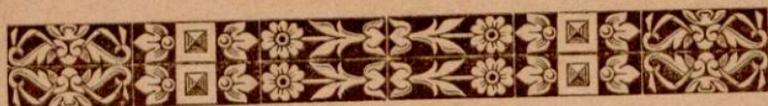
Mas si ya mi pecado perdonaste,  
partamos como buenos camaradas  
ese hermoso jamón que te encontraste;  
no conviene que seamos enemigos,  
debemos olvidar cosas pasadas...  
pelillos á la mar y á ser amigos.

El perro del jamón que atento oía  
del otro la oración grandilocuente,  
creyendo todo lo que aquél decía,  
pues era, aunque ladrón, algo inocente,  
cortés le respondió moviendo el rabo  
y le dejó comer al fin y al cabo,  
y allí, probando sus instintos brutos,  
zampáronse el jamón en diez minutos.

### III.

Hay moralista austero y furibundo  
que, en sus momentos de ocio,  
clama contra los vicios de este mundo,  
condenando el pecado más sencillo,  
pero si un crimen necesita un socio  
y él puede tomar parte en el negocio,  
¡se guarda la moral en el bolsillo!





# A Anita Cirre.

---

## SONETO

---

He escuchado tu voz... ¡era armonía!  
he admirado tu faz de nieve y rosa  
y en ella he visto nitidez de diosa,  
fulgor de cielo y brillantez del día,

He aspirado tu aliento .. ¡qué ambrosía!  
tu boca contemplé.... ¡sublime, hermosa!  
tu mirada he sentido luminosa  
¡y es vida, amor, y fuego, y alegría!

Como estas cosas contemplé tan bellas,  
pensé, de tu hermosura enamorado,  
no hallar en tí más perfección notoria;  
pero un día te ví, seguí tus huellas,  
sentí tu aliento, me acerqué á tu lado,  
te miré sonreír.... ¡y ví la gloria!





# LLEGAR Á TIEMPO



(MONÓLOGO)

A MI AMIGO EL DISTINGUIDO ESCRITOR

*J. Jesús García Gomez.*

— ¡Eh! ¡Chico!.... ¡Aguarda!.... ¡Mira! ¿Dónde vas tan deprisa, hombre?.... Pero ¿no me oyes?.... ¡Sí, el demonio que lo coja! Bueno, pues abur y buen viaje. Este muchacho parece una locomotora. En cuanto me vé sale disparado como un cohete, y cualquiera le echa mano. ¡Es claro! Habrá sospechado mis intenciones y ha puesto tierra por medio para que no le alcancen mis golpes.

Y á todo ésto, vamos á ver, ¿para qué he salido de casa? ¿Para dar un sablazo? Pues manos á la obra. Pero.... ¿contra quién voy á dirigir los ataques? Hé aquí un punto importante, tan importante que sin resolverlo no hay manera de adelantar un paso..... ¡Veamos!.... ¿Mi tío?.... No: estoy seguro de que no ha de atenderme. El otro día fui á que me prestara treinta reales y á poco más me echa rodando por la escalera. ¡Es muy bruto! ¡No hay que pensar en ese!...

¿Los amigos?... ¡Bonitos están los amigos para pedirles un duro! Sin embargo.... ¡pecho al agua!... con probar nada se pierde. Si yo encontrara alguno por ahí, me atrevería y ¡quién sabe!... acaso ... En fin, que me decido y.... ¡vamos, que ya estoy andando en su busca!

Por cierto que hace un día hermosísimo, esplendente, lleno de luz y de aromas, y con una temperatura deliciosa. Pero lo hace para los demás; para mí no hay días buenos, ni regulares siquiera. Este lo sería, sí, señor, ¡vaya si lo sería! si yo tuviese ahora mismo cinco duros en el bolsillo; pero, ¡quía! dos años de cesantía no le dejan á uno más que telarañas en todas partes: ¡hasta en el estómago! Y luego, los cuatro chiquitines conque me han dotado entre la naturaleza y mi esposa, parecen pajaritos, siempre con el piquillo abierto, y piando piando como desesperados para pedir el alimento que tanto necesitan. ¡Pobrecillos! ¡Las caricias de su madre no son bastante para darles el calor que reclaman sus miembros ateridos, y en casa no hay leña desde hace mucho tiempo!...

¿Dónde demonios se meterán estos perdidos? No hay como necesitar á una persona para no dar con ella aunque se la busque con candil.... Estarán en el Retiro paseando: ¡como si lo viera!... Y ¿qué remedio? Iré allí á ver si tropiezo con alguno, y de ese modo tomaré al mismo tiempo el sol, ya que no puedo tomar otra cosa caliente.

Me han dicho que va á haber crisis, que la cosa está que arde, que hay mucho mar de fondo y que en el seno del Gabinete se esconde un conflicto grave que no puede acabar sino con la salida del Ministerio en masa. ¿Será verdad? ¡Dios lo quiera!... Aunque

bien mirado, maldito si me importa una patata. ¿Qué saco yo conque cambie ó deje de cambiar la situación? Eso será bueno para los que tienen *suyos* que los patrocinen, para los que esperan conseguir algo de estos vaivenes de la política. Para mí, ¿qué va á quedar? ¡Nada!... ¡Yo no tengo *mios* que me lleven á las oficinas públicas! Para mí es igual que triunfe Juan ó que triunfe Pedro. Cuando vengan unos que me repongan en mi destino de diez mil reales, esos serán los míos, y seguirán siéndolo todos los que me dejen trabajar y ganar honradamente mi sueldo. Los demás que suban al poder serán *suyos*, de los otros, de los que cobran la nómina y son felices por obra y gracia del presupuesto.

Siempre que entra un nuevo Ministerio, voy á ver al ministro de Hacienda para pedirle que me reponga, y todos me contestan con las mismas palabras:—«Se tendrá á V. en cuenta.» Y los que tienen la cuenta no son ellos, sino yo, que ya estoy de *ingleses* hasta los ojos. .. ¿Qué le voy á hacer? ¡Tendré paciencia! Después de todo ahora voy detrás de un destinillo particular que me sacará de apuros y me sacará otras cosas: la ropa de la casa de préstamos, por ejemplo.

¡Me pasan á mí unos lances!... ¡Qué demonio, hombre! ¡Más vale reirse!... Pues sí: ayer, cuando salí desesperado pensando en que aún no habían comido en mi casa, me encontré con don Nicomedes, ese depósito de comestibles; y al verme tan pálido y tan apenado, me dijo... dice:—«¡Hombre, no se apure V.! ¡Caramba, que parece un muerto resucitado!... ¿Qué tiene?»... ¡Vaya una pregunta! ¡Qué tengo!... Pues, en primer lugar, tengo hambre, y tengo las bo-

tas rotas, y tengo cuatro hijos que me piden de comer y no puedo darles... ¿Le parecería poco?

Y á todo esto sin encontrar un alma compasiva que me consuele. No, pues lo que es como tropiece con algún conocido, lo parto. ¡Vaya si lo parto! Mi situación es apremiante y no debo andar con contemplaciones ni con remilgos. Porque está probado: con el estómago no puede jugarse ni hay engaño que valga.... ¡Cuánta gente ha venido hoy á gozar del buen día en estos sitios! ¡Mirad el lujo cómo se enseña-real!... Bueno, ¿y qué? Mejor para ellos: á mí no me importa. Cada cual hace lo que quiere de lo que tiene. Y el que como yo no tiene nada, que se fastidie.... ¡Así es el mundo y así será siempre, digan lo que digan!

Voy á cruzar por este sendero solitario. No conviene dejar de mirar por aquí: no sea que alguno, huyendo del bullicio... Pero ¡calle! ¿qué es eso?... ¡Dios mío! ¡Una cartera!... ¡Y que no cabe duda!... ¿Si será que la Providencia, queriendo favorecerme, me habrá mandado la felicidad bajo las tapas de piel de este objeto que oprimo entre mis manos?... ¡Veamos!... ¿Quién sabe si estará aquí el pan de mis hijos?... Pues no... no hay nada dentro que valga dos pesetas. ¡Qué desengaño! Y que no hay que darle vueltas .. ¡Nada, que no encuentro los billetes que debía de haber, eso es, que debía, pero que no parecen! No veo más que papeles sin valor. ¡Cualquier cosa! Una cédula personal, dos cartas de la familia, un recibo de la contribución. ¡Nada entre dos platos!... ¡Encuéntrese V. para esto una cartera! Pero, señor, ¿hay una persona más desgraciada que yo en el mundo? ¡Qué ha de haber, hombre, qué ha de haber! ¿Que se

ha perdido una cartera con valores? Pues se la encuentra cualquiera, Periquito de los Palotes, que acaso no tenga ni mujer, ni cuatro hijos, ni cesantía vitalicia, como yo. ¿Que no tenía nada dentro, más que cuatro papeles que no sirven para maldita de Dios la cosa? Pues aquí estoy yo para hallarla, y llevar el chasco consiguiente y quedar corrido y desilusionado. No, pues lo que es el día que me encuentre alguna con dinero, difícilillo va á ser que la devuelva á su dueño. No, señor; me quedo con ella y que se fastidie el que la haya perdido. ¡Ya verán, ya verán! Bien mirado, este hallazgo me parece de buen agüero. Es claro; por lo menos dice que estoy de suerte, y el *sablazo*, por lo tanto, ha de dar resultados satisfactorios. ¡Esto va bien!... ¡Caramba! estoy verdaderamente cansado, pero el tiempo corre y... ¡Qué demonio! Descansaré en aquel banco un ratito, eso es, y mientras leeré *La Correspondencia* que he pedido prestada para enterarme de eso de la crisis. ¡Perfectamente! ¡Cómo cuida de nosotros el Ayuntamiento!... Aquí está el periódico: veamos qué hay de noticias... ¡Hum! ¡Vaya una cuarta plana! ¡Parece una necrópolis!... ¡Se muere mucha gente en este Madrid! Es natural; ¡somos tantos los que no comemos!... Sigamos: «Anoche á las nueve se suicidó en la calle del Pez, disparándose un tiro de pistola...» ¡Dios le perdone! ¡Ese es un desesperado que se pone en cura! «Al banquete conque fué obsequiado anoche el distinguido hombre público señor X, asistieron más de doscientos comensales.» Esto no va conmigo, estoy seguro de ello. A mí nadie me da banquetes, desgraciadamente. Es decir, á Dios gracias, porque si ahora mismo me encontrara en uno, como tengo el estóma-

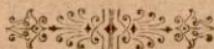
go tan débil, de seguro cogía un cólico cerrado que me llevaba bonitamente al otro mundo sin pagar billete. De modo que casi me viene bien que no me conviden. ¡El que no se consuela es porque no quiere!... Por lo que pueda ocurrir no conviene excitar el apetito, que bastante tengo con el aperitivo de no comer....

¡Hombre, qué casualidad! Es esta seguramente. Aquí bien claro lo dice: «Ayer *fué extraviada* en el Retiro una cartera perteneciente á don J. M. C. El que la haya encontrado puede pasar á entregarla al domicilio de su dueño, Serrano, 42, 2.º, donde se le dará una buena gratificación.» ¡No cabe duda! Las iniciales coinciden con el nombre de la cédula, y las señas de la casa son las mismas que hay escritas en los sobres estos. ¡Y dará propina!... También esto lo dice muy claro y no hay que darle vueltas; porque el suelto no tendrá sintaxis, eso no, ni falta que le hace, pero lo que es terminante sí que lo está. «....Donde se le dará una buena gratificación.» Pues, nada, no hay que perder tiempo. Voy por la recompensa tan generosamente ofrecida por el dueño de este chisme. ¡Cuando yo digo que estoy de suerte! Miren ustedes por donde, sin necesidad de recurrir al sable, voy á poder llevar pan á los pequeñuelos!... ¡Y es extraño esto!... ¡Prometer un buen hallazgo!... ¿Qué importancia tendrá para su dueño esta cartera vacía? ¡Vaya V. á saber! Será, sin duda, algún recuerdo de familia. Realmente, ¿á mí qué me importa? Yo la llevo, me pagan y á casita corriendo para darle el alegrón y el dinero á mi mujercita.... ¡Lo que son las cosas! Ahora que no los necesito me voy á encontrar con todos los amigos. Por allí viene Juan, mi antiguo compañero de

oficina. ¡Miren qué elegantón y qué peripuesto! .. ¡De buena te has librado, hijo!... Adiós. Que vaya bien.... Pues sí, de buena te has librado, porque si te cojo un cuarto de hora antes, te diviertes.... Estoy atrocmente contento porque van á comer aquellos pobrecitos. ¿Cuánto me darán? Yo creo que seis ú ocho pesetas; eso es.... ¡qué menos! Y ¡qué caramba! ya podemos pasar el día de mañana, que es lo que importa; luego Dios dará....

Sentiría mucho que no estuviese ese señor en casa, porque me fastidiaba. Pero no, estará allí, es seguro; no sé por qué me lo dice el corazón. Es más, hasta creo que me aguarda. Es decir, á mí precisamente no: á cualquiera, al que le lleve el objeto perdido.... Serrano, 42, 2.<sup>o</sup>. Me parece que es aquí .. Eso es: aquí mismo. ¡Vaya, arriba y buena suerte!.. ¡Tilín, tilín!.. D. Fulano de tal, ¿está en casa?... Pues dígame V. que traigo un encargo para él... ¿Que pase? Está bien; allá voy... ¿Es á don Fulano de Tal á quien tengo el gusto de dirigirla palabra?... ¡Muy señor mio! Pues, sí, señor; yo he sido quien ha encontrado la cartera que V. perdió ayer, y vengo á entregársela. Ahí la tiene V. Es esa, ¿verdad?... Me alegro... ¿Cómo? ¿Qué dice V.? ¿Que dentro había diez mil pesetas en billetes?... ¡Pero si no es posible! ¡Si cuando yo la encontré no contenía más que cuatro papeles sin valor!.... ¿Que soy un bandido? Oiga V, caballero, tenga V. cuidado con lo que dice. Yo no soy un ladrón, no, señor; soy un hombre honrado, que ha creído cumplir con su deber al restituirle una cosa que había perdido. .. ¡No, hombre, no diga V. eso! ¡Yo qué he de ir á la cárcel! A ese sitio van los criminales y los pillos, y yo no soy ni una cosa ni otra.. . ¿Que va V. á llamar á los gu ar-

días? Bueno; llame V. á quien quiera.... Pero, por Dios, señor mio; mire V. que soy inocente, que no he visto una sola peseta; que lo que aquí ha pasado es que alguno encontró la cartera antes que yo, sustrajo lo que tuvo por conveniente y la arrojó después al suelo como cosa inservible. Hágase V. cargo de que... ¡Nada, no hay manera de convencerlo! Lo malo es que ya están aquí los guardias y van á hacer de seguro alguna barbaridad. ¡Y aquellos pobrecitos niños que estarán esperándome como al Mesías!... ¡Bah! ¡Qué remedio! ¡Iré á la cárcel!... ¡Paciencia, paciencia otra vez y paciencia siempre! No hay que darle vueltas: el último mono es el que se ahoga, y yo soy el último mono en todas partes... ¡Y ahora á la cárcel por ladrón! ¡Lo de siempre! ¡Aquí hay uno que ha tirado la piedra y yo voy á pagar los vidrios rotos!





## CONCLUYAMOS

---

Hechicera Margarita,  
azucena del abril,  
hoy mi amor te necesita,  
porque eres la más bonita  
de la calle del Candil;

porque mi pecho te adora,  
me seduce tu candor  
y tu cara me enamora.....  
(Digan ustedes ahora  
que no sé hacer el amor.)

¿Conveniente acaso creés  
que de mi alma enamorada  
eche amor á puntapiés?  
Eso, bien mío, no es  
ni conveniente ni nada.

Con la mano el cielo toco  
por tu amor, que es mi castigo,  
y porque me ames un poco  
me atrevo... á unirmé contigo;  
¡mira tú si estaré loco!



Mi bien, no me desesperes,  
prueba que ingrata no eres  
y entonces conjugaremos:  
yo te quiero, tú me quieres  
y nosotros nos queremos.

¿Que mi pasión no te agrada?  
¿que mi amor no te acomoda?  
¿que estás tan desengañada  
que aunque te doy mi alma toda  
es para tí mi alma nada?

¡Mentira! ¡no puede ser!  
No me explico tal crueldad,  
pues debes de comprender  
que eso es obligarme á hacer  
alguna barbaridad.

Eres demasiado ingrata,  
hechicera Margarita,  
y ese tu desdén me mata,  
porque... serás muy bonita,  
¡pero has metido la pata!

Si desprecias mi querer  
y con desdenes me acosas,  
no es justo tu proceder,  
porque esas cosas son cosas  
que no se deben hacer.

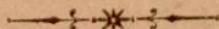
Está tu alma seca y fría  
y tu corazón vacío,  
mas te amo tanto, alma mía,  
que sin embargo daría  
por tu corazón el mío.

Aunque á seguir de ese modo,  
si á mi voz no te conmueves,  
me buscaré otro acomodo,  
pues tu amor, después de todo,  
no es cosa del otro juéves.

Y á pesar de que te quiero,  
con tu frialdad, dueño mio,  
matarás mi amor sincero,  
¡y más cuando llegue Enero,  
que ya ves tú si hará frío!

Como la suerte me ampara,  
hoy una Paz me depara  
y una Gloria que me adoran...  
¡No valdrá poco mi cara  
cuando de ella se enamoran

Ya sé que no me prefieres;  
obra pues como quien eres,  
sufro tu crueldad notoria,  
y puesto que no me quieres...  
¡aquí Paz y después Gloria!







# MELODÍA ÍNTIMA

## A UNA MUJER

...¡Frase bendita! Mi ignota suerte,  
el rayo de oro que el cielo esmalta,  
del pensamiento la luz que salta...  
todo lo diera por complacerte,  
¡menos la vida, que me hace falta  
para quererte!

No te hablé nunca, pero al mirarte  
tiembla de gozo mi sér entero,  
y es tanto, hermosa, lo que te quiero,  
es tal mi anhelo por contemplarte,  
que me quisiera morir primero  
que abandonarte.

¿Quién tu belleza verá con calma?  
¿Quién no venera tu faz de diosa?  
De las bondades llevas la palma,  
porque en el mundo no hay otra cosa  
ni tan sublime ni tan hermosa  
como tu alma.

Todo lo rindes á tus antojos  
de tus miradas con los destellos;

la gloria enseñas que anida en ellos  
cuando entreabres tus labios rojos,  
y no se encuentran ojos tan bellos  
como tus ojos.

Eres suave como las brisas,  
humilde y bella cual la amapola  
que ostenta el brillo de su corola,  
y el mar, la tierra por donde pisas,  
todo lo diera por una sola  
de tus sonrisas.

La luz, el cielo, mi amor al arte,  
los mundos todos que el infinito  
confusos cruzan de Dios al grito,  
todo lo diera por contemplarte...  
¡menos los ojos, que necesito  
para mirarte!

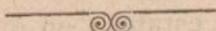
Son tus miradas dardos traidores,  
y al que por suerte te ha contemplado  
dejas rendido y enamorado;  
matan tus ojos abrasadores  
y ésto ya sabes que es un pecado  
de los mayores.

Si acaso un día, como lo espero  
si desdeñosa no me contienes,  
te declarase mi amor sincero,  
no me atormentes con tus desdenes...  
¡Con eso pecas y yo no quiero  
que te condenes!





## DIA DE TOROS



A MI AMIGO JUAN P. CANDELA.



¡Mira que es tarde! Vamos, chiquilla,  
que ya hacia el circo va la cuadrilla.  
No te preocupes por el vestido,  
que estás *al pelo* con la mantilla.....  
¡Cuando contemplen tu personilla,  
se vuelven locos en el tendido!

Vamos, despacha:  
mira que el coche ya nos espera.  
Toma la bota; bebe, muchacha,  
que es tan alegre tu borrachera,  
brillan tus ojos de tal manera,  
que desearía verte borracha.

Si te marea la manzanilla,  
al verte echada sobre la silla  
no ha de faltarte quien te recoja....  
Sube en el coche y... ¡arza, chiquilla!  
me has enseñado la pantorrilla  
y... ¡olé las medias de seda rojal



—¡Eh, á la plaza!... Tome usted asiento.

—¡Cuidado!

—Mire dónde se mete.

—¿Cuándo salimos?

—Ahora, al momento.

—¡Ahí va el *porgrama*!

—¿Quiere un billete?

Del dos tendidos, gradas del siete.

—¡Arza!... ya estamos en movimiento.

—Ahí va el *Guerrita* de oro y de grana.

—¡Agua!

—¡Naranjas!

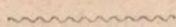
—Venga bebía.

—¡Mira ese coche!...

—¡Buena barbiana!

—¡Uy!... ¡Cosa rica!... De buena gana,

si me dejaran, me la comía.



—¡Vaya un berrendo!

—De los mejores.

—Vamos al toro, que es lo que importa.

—Pára el caballo.

—¡No te acalores!

—¡Hombre, esa vara tómalala corta!

—¡Más corta!...

—¡Bravo los *picaores*!

—Vamos al toro, no seas lila.

—¡Aire!

—¡Aire!

—¡Aire!

—¡Fuera ese pillo!

—¡Vaya un puyazo, señor Badila,

—¿Te has asustado?... Pues toma tila.

—¡Pum!... ¡batacazo de latiguillo!

—¡Llevo agua!...

—Vamos, entra de frente.

—¡Tumbón!

—¡Maleta!

—¡Fuera!

—¡Indecente!

—¿Quieres callarte?

—¡Que no me callo!

—¡Vengan caballos!

—¡Otro caballo!

—¡*Tarari!*... (Palmas al presidente.)

—¡*Darle una vuelta!*... ¡Quita, *Colillas!*

¿*Pa* qué *sus* sirven esas capillas?

—Bien por los palos, señor Mojino...

¡Pero qué chico!... ¡Nada, es divino

en cuanto coge las banderillas!

—¡Méenos salidas!

—¡Fuera paseos!

—Ya está el maestro con los arreos...

—¡Mira qué pases!

—¡Soberbios, hijo!

—¡Ahora!

—¡Bien!

—¡Bravo!

—¡*Fasta los deos!*

—¡Olé la gracia de *Lagartijo!*



—¡Que no, te digo!

—¡Qué sí!

—¡Mentira!

—¡Hombre, no digas que está mal hecho!

¿No has visto el modo como se tira?

—Pero, ¿entra limpio ni por derecho?  
¿no cita siempre guardando el pecho,  
y pincha y sale siempre de pira?

—¿No le resultan las estocadas  
en el morrillo que ni pintadas?

—¡Quita, hombre, quita!

—¡Maldita sea!

No hubo en el mundo ni dos espadas  
con más *sentío pa* la pelea.

—Es un maleta.

—¡Que eso es mentira!

—¡Tú sí que mientes!

—¡Puro despecho!

—¡Bruto!

—¡Ignorante!

—No insultes... ¡mira...!

.....

—Pero, hombre, vamos, ¿está mal hecho?

—Pero ¿entra limpio, ni por derecho,  
ni sabe nunca cómo se tira?

~~~~~

Resúmen: niños jacarandosos,
niños flamencos de pura raza,
lindas mujeres de ojos hermosos,
los que en el circo sois venturosos,
vámonos todos... ¡Eh, á la plaza!





LO QUE SON LAS JUERGAS



Al distinguido pintor Antonio Bedmar

—Pues verás tú, al poco rato
salimos de la taberna
Matilde *la Desahogá*,
Encarnación *la de Bejar*,
la mujer de *Paco Mangas*,
la Antonia, la Inés, la Pepa,
el *Chato*, el *Pito*, *Pelones*,
el *Cosquis* y yo... y *decétera*;
tomemos una vitoria
con dos jacos de primera,
y en menos que canta un gallo,
dale que dale á las bestias,
lleguemos á los Viveros
y allí comenzó la juerga.

Hubo jamones y pollos
y hubo la mar de botellas,
y tóo cuanto Dios crió
en tocante á cosas buenas;
se comió lo que se quiso,

se bebió más de la regla,
y hubo broma y coba fina,
pero cómo, de primera.

Después de comer, el *Chato*
brindó por las buenas hembras
y le echó un vaso de vino
en el mantón á la Pepa...

¡Vamos, que aquello fué un golpe
de los de primera fuerza!

—¡Y dilo!

—¡Pues ya lo creo!

¡Ese *Chato* es una pieza!...

—¿Cantastes tú?

—*Presupuesto,*

y toqué., ¡pues bueno fuera!

Me dieron una guitarra

que le faltaban tres cuerdas,

y tome usted caracoles

y vaya de aquí canela,

razgueando de lo lindo

y arza, y dale, y toma, y venga,

después de un pespunteo

y cuatro ú cinco falsetas,

me arranqué por tóo lo alto

y largué una malagueña

que dejó *escachifollá*

á toda la concurrencia.

—¡Olé tu madre!

—Chiquillo,

te digo que la copleja

armó la de Dios es Cristo

y Mahoma su profeta.

Pero el Pelones que es,

como tú sabes, un bestia,
nos quiso meter la pata
para aguar el fin de fiesta,
y se levantó y fué y dijo:
que si era, que sinó era,
y que tóos los del concurso
no teníamos vergüenza.

Entonces Paquillo Mangas
echó la navaja fuera;
el *Chato* salió á la calle;
el *Pito* tomó soleta;
empezaron á dar gritos
la Antonia, la Inés, la Pepa,
Matilde la *Desahogá*
y Encarnación la de Bejar,
y unos corren por aquí,
otros por allá se aprietan....
¡nada, que aquello era un campo
de *bramante* en toda regla!
—¿Y tú qué hicistes?

—Pues toma,
lo que hubiera hecho cualquiera.

—*Desepararlos*, ¿verdad?

—*Anigual* cogí á la Pepa
y le dí tres puñetazos
que le reventé la geta;
tanto que anteayer mañana,
cuando la vide de cerca,
encontré que tiene un ojo
igual que una berengena.
Pero verás qué pasó:
en medio de la contienda
llegó la Guardia Civil,

y á este toma, al otro deja,
nos puso á todos el cuerpo
como la badana negra.

¡En fin, te digo que allí
nos divertimos de veras!

Yo no saqué más que un par
de chirlos en la cabeza;
total, náa; por eso hoy
estoy dispuesto á correrla,
y ahora mismo voy á ver
á cuatro ú cinco sujetas.

Conque si quieres venirte....

¡ya verás tú cosa buena!

—Muchas gracias, que aproveche.

—Entonces hasta la vuelta.

¡Va á ser la cosa de búten!

—¡Adiós!... ¡¡y que te diviertas!!





CONSEJO GRATUITO

Á UN AMIGO

Me anuncias tu casamiento,
mas yo que no estoy contento
conque á ser marido pases,
voy á decir lo que siento,
porque, vamos, no consiento
que te cases.

¿Que es tu futura hechicera
y la adoras con furor?
Eso lo dice cualquiera
cuando el fuego del amor
se le sube á la mollera.

A tu buen juicio recurro;
tu pasión apaga ya,
pues, si te casas, discurro
que harás lo mismo que el burro,
que adonde le llevan vá.

¿Que es la chica encantadora,
y que alienta tu deseo,
y te atrae y te enamora?...
¿Que también ella te adora?

¡Eso sí que no lo creo!

Si es verdad que te han pescado
y que te has enamorado,

ten presente
que lo deploro á fé mía,
aunque sé perfectamente
que en el mundo es muy corriente
hacer esa tontería.

Estarás de amor deshecho,
será grande el arrechucho
que sientes dentro del pecho,
pero á mí me duele mucho
que hayas hecho lo que has hecho.

Si persistes en seguir
en tu pasión con ahinco,
solo puedo garantir
que te vas á divertir
como tres y dos son cinco.

Por lo pronto,
tienes que verte obligado
á hacer el papel de tonto,
como buen enamorado.

Sinsabores, imprudencias,
siempre estar dado al demonio,
celos, dudas y pendencias,
y después,... ¡el matrimonio
con todas sus consecuencias!

Y no pienses que exagero;
mi cuadro es tan verdadero
traslado del natural,
que hasta tiene, por desgracia,
la misma falta de gracia
que hay en el original.

¿Porque ahora estás fastidiado
piensas que en el nuevo estado
te vendrán días mejores?

Pues estás equivocado;
¡son peores de casado,
pero mil veces peores!

¿Que tu esposa es habladora,
pendenciera y gastadora
y el lujo es su afán profundo,
y que el mundo la enamora
ó que ella enamora al mundo?

¿Que es coqueta? ¿que es celosa?
¿que su indiferencia sientes?
¿que es pesada y fastidiosa?...
Primeros inconvenientes
que yo juzgo suficientes
para no tomar esposa.

¿Que son los hijos canijos
y sufren males prolijos?
Pues adiós paz y adiós calma;
hay que llevar sobre el alma
las desdichas de los hijos.

Y luego, la duda cruel
de si te es tu esposa infiel
ó guarda limpio tu honor....
¡y siempre tragando hiel!
¡¡y cada día peor!!

Y para bomba final,
la suegra, que es la más negra. (*)
Tú no comprendes el mal

(*) No es que la suegra sea negra;
¡lo que es negro es tener suegra!

y no sabes lo infernal
que es vivir con una suegra.

Por este existir sombrío,
llegará á invadirte el tedio,
dejando tu pecho frío,
y el mal no tiene remedio
si toma parte el hastío.

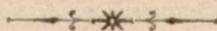
Cumpliendo con mi deber,
quiero hacerte comprender
tu funesta ceguedad,
no vayas á cometer
alguna barbaridad.

¿Que hay esposos venturosos
que contentos y dichosos
gozan de vida serena?
Sí, sé que de esos esposos
habrá... una media docena.

No hagas que en balde declame,
retrocede si es que puedes,
aunque la chica te llame
ingrato si retrocedes.

Ese amor te perjudica
y hay que cortar por lo sano.
¡Te luces si unes tu mano
con la mano de esa chica!

Mas si es tu amor tan ardiente
que á casarte fatalmente
te precipita en su giro,
no te rindas imprudente:
¡pégate mejor un tiro
y es mucho más conveniente!





NUBE DE VERANO

¿Qué dices? . ¿Que me aparte?

¿que no me quieres?

¿que avergonzarme debo
de mi vileza?...

¡Pero, señor, qué tontas
sois las mujeres
cuando os pasa una nube
por la cabeza!

¿Que me vieron anoche

casa de Julia

rendido ante unos ojos

picaronazos,

y que dije á una chica

de la tertulia

que me estaba muriendo

por sus pedazos?

¿Que á la tal hace días

que la hago el oso

y que de hablarla busco

las ocasiones,

y que estuve con ella

más cariñoso
que si llevara un año
de relaciones?

¿Que con esa perfidia
le he puesto el sello
á todas las maldades
que he cometido,
y por eso me dices
á voz en cuello
que soy un sinvergüenza
y un mal nacido?

No me muestres rigores
que me quebrantan,
ni me juzgues tan pronto
de esa manera...
¡No!... ¡si esas son calumnias
que me levantan
las que tienen envidia
de que te quiera!

Tú para mí eres todo,
la gloria, el cielo,
la esperanza que alumbra
mis ilusiones,
y por tí son mis penas
y mi desvelo
y por tí mis continuas
irritaciones.

También á mí me cuentan
mil tonterías,
y aunque yo no hago caso

de sus patrañas,
me dicen los amigos
todos los días
que no debo quererte,
porque me engañas.

¿Ves?... Tiene la calumnia
mucho cinismo
y debo aconsejarte
que no te fies,
pues hemos de casarnos
y por lo mismo
quiero poner los puntos
sobre las *ies*.

No iré si tú no quieres
casa de Julia,
ya que no haces aprecio
de mis razones;
mas conste que á esa chica
de la tertulia
no la he hablado palabra
de relaciones.

Sí que la he dado un beso
por un descuido,
mas por eso no debes
pegarme un palo,
porque cuando me mandes
voy, se lo pido,
y si tú me perdonas...
¡te lo regalo!





UNA VICTORIA

(DEL DIARIO DE UNA JÓVEN)

15 DE ABRIL.—Hoy ha llegado mi primo Enrique de Granada. Viene enviado por su padre para que se presente á la familia. Yo no le conocía y estoy satisfecha de su figura ¡Es un buen mozo y...un buen partido! Seis mil duros de renta y 23 años de edad, no son cosas despreciables para una muchacha como yo, que se encuentra en estado de merecer. Al llegar me ha mirado de un modo bastante expresivo, y esto hace sospechar que la primera impresión no ha sido del todo desagradable. ¡Algo es algo! ¡Por ahí se empieza!... ¡Me querrá?... Veremos... ¡Por falta de ganas no ha de quedar!

16 DE ABRIL.—Repito que mi primo es un gran partido.... ¡Es ingeniero de no sé qué clase! Hoy he hablado con él un ratito... Nada entre dos platos: el tiempo, la salud, la familia... y de ahí no ha pasado la cosa.

Ahora me dedico á estudiarle, y como resultado

de mis observaciones he sacado que es un poco corto. Es lástima, porque como figura no hay nada que pedir á la suya. Enrique es un inocente en cuestiones de amor, y no considero difícil su conquista; mucho más cuando, según dicen todos, soy lo bastante bonita para volver loco á cualquiera... Manos á la obra... ¡Veamos para qué sirve á las mujeres la hermosura!

~~~~~

17 DE ABRIL.—Calma completa Temperatura amorosa de mi señor primo: 2 grados bajo cero.

~~~~~

20 DE ABRIL.—No adelantamos un paso. ¡Qué pesadéz! Alguna mirada, tal cual sonrisa y pare usted de contar. Ni una frase de amor me ha dicho todavía, ¡ni una sola! y eso que yo... ¡vamos, que más amable no es fácil encontrar otra mujer!... No puedo explicarme su carácter, porque ayer... La ocasión no es posible hallarla más propicia: el comedor templado aún por los vapores de la cena, una mujer bonita sonriéndole amorosa, solos los dos... Pues nada, se quedó tan fresco... ¡Qué tonto!

~~~~~

22 DE ABRIL.—Pero, Dios mío, ¿por qué no me querrá Enrique? Ya ni me mira siquiera. ¿Qué hago?... ¿Ceder?... No, nunca. ¡Me ha de querer, me ha de querer y me ha de querer!

~~~~~

24 DE ABRIL.—Estoy desesperada. Todos mis esfuerzos se estrellan contra su dureza de roca. ¿Venceré al fin ó saldré derrotada?

~~~~~

25 DE ABRIL.—Ayer estuvimos de campo y fué un gran día para todos menos para mí. Después del almuerzo, mi primo y yo, hablando de cosas indiferentes, por desgracia, nos perdimos por una alameda de pinos seculares y nos alejamos bastante del resto de la familia. —«¡Qué hermoso es todo esto!—dijo Enrique.— ¿Verdad que convida...?» —«A amar, ¿no es eso?» —le repliqué.—«No—contestó;—á dormir la siesta. Es un sitio muy apropiado.»... Me mordí los labios con despecho, y regresamos sin hablar palabra al lugar donde estaban mis padres, impacientes ya por nuestra tardanza. ¡Qué tiempo tan mal aprovechado! He acabado de convencerme de una verdad bien triste... Mi primo es tonto, ¡pero tonto de capirote!

~~~~~

28 DE ABRIL.—¡Nada, que no se *commueve!* Sino fuera por los seis mil duros consabidos, ¡tempranito iba yo á seguir enamorando á mi pariente! ¡Jesús, qué hombre! Siempre tan coloradito y tan estirado. . ¡y tan frío! ¡Parece un sorbete de fresa!

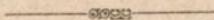
~~~~~

30 DE ABRIL.—¡He vencido!... Nos hemos visto solos de nuevo. Fué en mi gabinete... Poca luz, aire tibio y perfumado... miradas de fuego... sonrisas incandescentes... un hombre jóven .. una mujer hermosa... ¡Gracias á Dios! .. ¡¡Me he convencido de que mi primo no es tan tonto como parecé!

~~~~~




¿QUÉ HAGO?



A MI BUEN AMIGO EL SR. D. JOSÉ MARÍA ESTEVAN.

Director de "DON QUIJOTE."



Un consejo me es preciso;
no se muestre usted indeciso,
sálveme usted por favor,
que estoy en un compromiso
de los de marca mayor.

Con su gran discernimiento
me salvará usted al momento
del pesar que me emociona,
y por eso se lo cuento,
porque es usted una persona
de muchísimo talento.

Es el caso, D. José,
que el lunes por la mañana
salí, yo no sé por qué,
aunque supongo que fué
porque me dió la real gana.

Forjaba mi mente loca
los sueños de que es tan rica,

cuando de manos á boca
tropecé con una chica.

¡Qué andar más zaragatero!
¡qué cuerpecito! ¡qué facha
y qué rostro retrecherol...
¡Vamos, que era una muchacha
con muchísimo salero!

Como ya supondrá usted,
me fuí siguiendo su pista
y me miró y la miré...
¡Pensé que era una conquista,
mi querido D. José!

Me acerco al fin y la digo:

«Señorita,
desearía ser su amigo,
porque es usted muy bonita
y si usted me necesita
ya puede contar conmigo.»

Pero ella, sin emoción,
contestó á mi introducción
impertinente y grotesca,
y alentaba mi pasión,
y me llamaba *pichón*...
¡y se quedaba tan fresca!

Mi intimidad era escasa,
y cuando llegué á su casa
en separarme pensé,
pero ella me dijo:—¡Pasa!...
y era natural, pasé.

Subimos... Recuerdo ahora
que en su cuarto hallé sentada
á su mamá, una señora
atenta y bien educada,

mas como mi chica, nada,
porque estaba encantadora.

¡Cuánto halago tentador!
¡cuánta caricia inocente!
¡qué idilio tan seductor!...
¡Aquello sí que era amor
hasta la pared de enfrente!

Me llamó ella *vida mía*,
y yo loco de alegría,
mi amor propio satisfecho,
la dije que la quería...
¿Usted no lo hubiera hecho,
señor D. José María?

Me encontraba ya de un modo,
que dispuesto al fin á todo,
allí, solitos los dos,
con lenguaje liso y llano
la pedí su blanca mano
sin encomendarme á Dios.

Mi petición algo ruda
dejóla al principio muda,
mas de su amor me vió esclavo
y me aceptó al fin y al cabo,
de su mamá con la ayuda.

Pagó mi amor con exceso,
en mí clavando la bella
sus ojos como dos ascuas,
y yo es claro que por eso
iba, al separarme de ella,
más contento que unas Pascuas.

Estando todos conformes
en que fuera mi mujer,
decidí tomar informes

y los hallé, pero enormes,
como ahora va usted á ver.

¡Ay! mi suerte desgraciada,
don José, me desespera,
pues resulta que mi amada
no es viuda, ni casada,
ni soltera.

¿Que esto le pone en un potro?
¿Me pregunta usted qué era?

Pues... ¡lo otro!

Ya vé usted si es trance fiero
el que acabo de contar
y si con razón me altero,
porque el caso es que la quiero,
¡no lo puedo remediar!

A este mi cariño estrecho
no hay una pasión que iguale.
Está el casorio deshecho
y el amor... dale que dale,
no quiere salir del pecho.

¿Qué hago, señor don José?
Téngame usted compasión
ya que se ha enterado usted
de mi triste situación.

Sálveme usted por piedad,
imaginando algún medio,
que aquí, con seguridad,
tiene que ser el remedio
mejor que la enfermedad.

Yo sé de un medio seguro
para recobrar mi calma
y resolver el apuro,
pero... ¡ay, don José del alma!

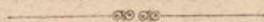
ese medio es... ¡medio duro!

Muy duro, sí, y es preciso
buscar camino mejor,
No se muestre usted indeciso,
y sálveme por favor,
que estoy en un compromiso
de los de marca mayor.

© 1900 1900
© 1900 1900



CARRERA DE OBSTÁCULOS



Consuelo: usted es mi cielo
y su amor me hace vivir,
mas no me tome usted el pelo,
porque esa es cosa, Consuelo,
que no puedo permitir.

Usted es buena persona
y una chica de primera,
elegante y remonona,
y todo el mundo pregona
que hace pecar á cualquiera.

Con su natural vehemente
comete diabluras mil
y es usted tan diligente
que anda aproximadamente
igual que el ferro-carril.

Y como es usted mi gloria
y yo seguirla deseo,
me fastidio y me mareo
dando vueltas *á la noria*
cuando sale usted á paseo.

Esto me pone en un brete,
pues ya la gente propala
que soy un caballerete
que sube como un cohete
y baja como una bala.

Y así de noche y de día
voy tras de usted, vida mía,
y mi cuerpo se estropea....
¡y si esto no es valentía
que venga Dios y lo vea!

Usted no puede ignorar
con esto á lo que me expone,
y me va usted á matar,
porque, vamos, descompone
tanto subir y bajar.

Ahí tiene usted la razón
de por qué tanta pasión
me ha vuelto, en mi tierna edad,
la primer calamidad
de toda la población.

Pues, ¿y en los bailes? Allí
el blanco de todos fuí,
y son mis penas tan crueles
que merecen ¡ay de mí!
que salgan en los papeles.

Usted, como una deidad,
bailando y dándose pisto
con los pollos de su edad,
y yo, en tanto, haciendo el Cristo
con mucha formalidad.

Quizás, note lo que note,
algún día no me queje,
pues como yo me alborote,
voy y cojo á un monigote
y lo parto por el eje.

Que estoy tan incomodado
por este justo motivo,
que en el baile antepasado,
mientras tomaba usted helado
me estaba yo asando vivo.

Ya ve usted como hay fundada
razón para que me altere....
mas si al mirarme se apiada
y en una dulce mirada
me dice que me prefiere,

ya el andar no me sofoca,
ya no me encuentro rendido,
sigo esa carrera loca....
¡y le estoy agradecido
por la parte que me toca!





A Rosario Chereguini

EN SU ALBUM

I.

¿Cómo admirar las cualidades bellas
que Dios te dió con exquisito celo
y no quedar enamorado de ellas,
cuando yo sé muy bien que desde el cielo
te miran con envidia las estrellas?

II.

Si la luz de tus ojos indecisa
enciende el alma con calor de estío,
viene á endulzar el fuego tu sonrisa
que lleva los halagos de la brisa
y tiene la frescura del rocío.





GOÑAS DE ELLOS



—Pero ven acá, *Melindres*,
y acerca el morro y contesta:
¿No me has dicho veinte veces
que la Paca te revienta,
y que, aunque ella te distingue,
tú no la quierés á ella,
y que no vale tres pitos
y que es una sinvergüenza?
—¡Y sí que lo he dicho!

—Entonces,
¿por qué vas á la querencia,
pa que se vaya contigo
á un cuarto que tú l'amueblas,
y vivir en *mancomuna*
y tóo lo demás, *decétera*?
¿Es que yo no valgo náa
y por eso me desprecias?
Pues es *mester* que *conozgas*
que yo valgo más que ella
y, vamos, que esa no sirve
ni pa quitarme las medias.

—¡Conque no arde!

—¿Que no?

Pues se ha acabao la fiesta.

Ahora mismo puedes irte
donde te dé gana y quieras,
y á mí no me mires más
ni pa malas ni pa buenas.

—Pero mal rayo te parta
por presumía y por bestia,
¿te he faltao yo alguna vez
desde que tú me camelas?

¿No te *distingo* y te *aprecio*,
aunque no me lo agradezcas,
y no te doy tóos los gustos
que puedo, si á mano llega?

Lo que pasa es que tú tienes
mucho viento en la cabeza
y te traes la mar de infundios
pa darme achares con esa,
pero tóo eso es coba fina,
¿sabes? y no me camelas.

—¡Puede!

—¡Vaya!

—¿Tú lo dices?...

¡Caramba, lo que penetras!

—Pero, dime, ¿le he dao yo
á la Paca, *tan y mientras*
que he estao contigo, algún día,
unas bofetás tan buenas
como las que te arrimé,
pongo por caso, en las Ventas?
Pues ya sabes que esas cosas
no se las doy á cualquiera.

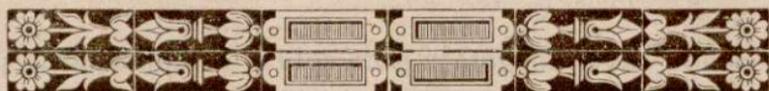
¿No te he compraó un brillante,
que me costó tres pesetas,
y un anillo de dublé,
y unas ligas, y unas medias,
y otras prendas *intestinas*
pa que te luzcas con ellas?
¡Si tóas las mujeres sois
más dañinas que una hiena!
Mucho hablar.... y echar veneno,
decir pestes de cualquiera,
pongo por caso, de mí
que soy la pura manteca
y un angelito del cielo....
salvo lo de la inocencia,
y la mar.... porque tenéis
intensiones tan perversas
y charláis tanto y tan malo,
que sospecho que en la lengua
os ha puesto Dios á todas
maquinaria pa moverla.
¡Yo con la Paca! .. ¡Te digo
que tié gracia la ocurrencia!
—¿Pero no la quieres?

—¡Quita!

Paice mentira que seas
tan inocente y tan tonta.
¿Me trato yo con cualquiera?
¡Si Paca es un cementerio
de los de primera fuerza!...
—¿Entonces por qué antenoche,
á eso de las dos y media,
fuistes á su domicilio
y entraste.... y cerró la puerta?

—¿Que por qué? .. Pues. .. eso es...
yo.... la cosa fué.... ¿te enteras?
luego pasó.... en fin, ya sabes,
¡cuestiones de la etiqueta!
Pero ten por entendío
que yo no chanelo á esa,
porque á quien quiero es á tí,
y estoy loco por tus prendas,
y por tu cuerpo bonito
con todas sus consecuencias.
—¡Olé!... ¡Si eres lo más pilló!..
Te perdono.... ¡pa que veas!
—¡Entonces apaga y vámonos!
(Cómo me camela á esta.
¡Si yo soy pa las mujeres!..
¡vamos, que si yo quisiera!..)





MEMORIAS DE UN PARRICIDA



Á MI AMIGO EL NOTABLE POETA

Ramón Blasco y Segado.

Voy á contar cosas muy horribles... ¡muy horribles! Voy á arrancar este secreto de aquí... de mi alma, porque ya no puedo llevarlo por más tiempo. Quiero abrir mi corazón para que se vea en él el mónstruo de mi crimen acurrucado como un chacal que olfatea la sangre. He sido un infame... un infame y necesito confesarlo. No me avergüenzo, no; es una espiciación que me impongo, y no es bastante..... lo sé... ¡no es bastante!

Esta es una confesión espantosa, pero cierta. Veo próximo mi fin, y los que van á morir nunca mienten. Todavía soy joven... aún no he cumplido veinticuatro años; pero el remordimiento ha mordido sin piedad en mis entrañas, y la sangre derramada parece que ha

estado cayendo gota á gota sobre mi conciencia; y por eso muero ahogado por esta pena sin consuelo, por esta desesperación infinita.

Un año hace ya... un año y me parece que fué ayer, según está el recuerdo de agarrado á mi memoria. Un año de tormentos horribles, de martirio incesante, de insondable oscuridad, porque para mí no ha habido más que noches sin aurora y horizontes sin luz, y miraba al cielo y estaba en sombras, mirada al alma y negra .. negra siempre.

Yo era feliz en otro tiempo; ¡recuerdo muy bien aquellos días! Quisiera olvidarlos para siempre, pero mi memoria se complace en evocarlos á mi pesar, haciendo mi desgracia más dolorosa y triste, llevándome á la desesperación de los condenados en el infierno... ¡Ay!... ¡ay!... ¡el remordimiento es un juez demasiado severo!

Vivíamos mi madre y yo en una casita de campo situada á media legua del pueblo. Estábamos solos, porque mi padre habia muerto siendo yo muy joven... niño todavía, y yo era el único fruto de su matrimonio. ¡Oh! ¡cómo me martirizan estos recuerdos! ¡cómo destrozan mi corazón hasta hacer chorrear sangre de las heridas! ¡La memoria es el verdugo del delincuente, y en mí se está cebando con espantosa fiereza!

La única criada que teníamos ayudaba á mi madre en los quehaceres domésticos durante el día, retirándose por las noches al pueblo, donde vivía con un hijo ya mozo.

Nuestra existencia era bastante modesta, á pesar de la regular fortuna que poseíamos. Mi madre era una anciana... algo avara, es verdad, pero dulce, ca-

riñosa y buena como los ángeles. Ahora lo reconozco.... ¡ahora!... pero ya es tarde.

En el trabajo encontraba ella todo su encanto. No podía estar mucho tiempo sin hacer nada, y no obstante su edad, se la veía moverse, agitarse con la actividad de la juventud, como si sus músculos fueran de acero, como si la sangre circulara todavía por sus venas con todo el ardor, con toda la vehemencia de los primeros años. La expresión de su rostro era seria sin ser adusta, serena, olímpica. No la he visto sonreírme nunca, y sin embargo me quería mucho.... me quería mucho, porque era mi madre y era buena.

Mi conducta en aquel tiempo no tenía nada de edificante. Secundado por varios amigos que recogí del fango social, me dedicaba á gastar alegremente el dinero que arrancaba á mi madre, siempre poco para mí, siempre mucho para ella.

El vicio en todas sus asquerosas manifestaciones me atraía, me subyugaba, y á él iba arrastrado sin poder sujetarme. Me llamaba con voces imperiosas y mi voluntad era impotente para desoir su canto de sirena. Yo me rodeaba con lo más bajo.... con lo más repugnante de la sociedad; buscaba el cieno impuro para revolcarme en él como los miserables, y me manchaba de ignominia y se prostituían mis sentimientos, porque se iba endureciendo poco á poco mi alma.

Yo no era un hombre, era una bestia.... lo más inhumano, lo más asqueroso .. y dentro de mí se desmoronaba todo lo bueno.... todo.... pero quedaba la infamia. Comprendía mi ignominia, pero no vacilaba y seguía adelante.... adelante siempre por mi camino de perdición y de verguenzas, pisoteando mi propia dignidad, manchando el nombre honrado de mi fami-

lia, hundiéndome entre pudredumbre y escoria, envi-
lecendo las nobles canas de mi madre, aquellas canas
que hoy quisiera besar, aunque el beso me costara
esta vida miserable que me queda.

Sin duda el mal estaba asido á mi corazón con de-
masiada fuerza. No quería soltarse.... no quería y no
se soltó. ¿Qué genios de perdición me impulsaban?
¿Qué poder invencible me arrastraba por la pendiente,
que no pude detenerme nunca, y miraba el fondo
allá.... profundo, muy profundo, y seguía, y seguía
siempre rodando hacia él como cuerpo desprendido?
¿Eran espíritus infernales que me llevaban á la sombra
eterna? No.... no. .. Lo causa iba dentro: el mal nació
de aquí.... del alma, que estaba enferma.

Es cierto... ¡es cierto! Lo que ha de suceder su-
cede fatalmente, sin que haya fuerza humana que
pueda evitarlo. Yo lo sé muy bien, lo sé por expe-
riencia, porque esa ley me ha hecho asesino., ¡ase-
sino!... ¿lo oís?... ¡Qué lúgubre es esta palabra!... ¡pa-
rece que sus sílabas están repletas de sangre! ¿Cómo
fué, me preguntáis? Voy á contarlo todo para que se
sepa. Me hace daño esta revelación, pero no vacilo
en confesaros mi crimen. Vais á ver mi alma corroi-
da por el vicio y la miseria; vais á ver cómo mi cuer-
po no es más que una ruina y mi corazón una víscera
seca, pero no maldigáis mi memoria... no la mal-
digáis, porque soy digno de compasión.

Era en invierno.... lo recuerdo perfectamente.
Aquel día, el sol, con todos sus dorados esplendores,
se columpiaba en el espacio, esparciendo la vida, el
calor y la luz. Era el día más hermoso de la estación,
y mis amigos y yo resolvimos aprovecharlo para di-
vertirnos como nosotros sabíamos hacerlo, como los

perdidos y los miserables. Se trataba de una gira á un pueblecito distante una legua de mi casa, y según teníamos convenido, salimos á las dos de la tarde bien provistos de deseos, dispuestos á gozar de todos los placeres impuros... impuros solamente, porque no conocíamos otros.

Llegamos... Recojimos de las cavernas del vicio unas cuantas mujercuelas de esas que prostituyen el alma para vender el cuerpo, y nos retiramos al fondo sombrío de una taberna, donde nadie nos viera, para poder entregarnos más libremente á los excesos que nos inspiraba nuestro depravado instinto.

El vino empezó pronto á caldear los cerebros. Yo también sentí sus efectos en la cabeza. Algo desconocido volteaba en ella con rapidez vertiginosa, me zumbaban los oídos, la sangre latía en mis sienes con golpes de martillo, y unas como sombras de ideas, según eran de confusas y vagas, cruzaban por mi mente y pasaban .. pasaban sin detenerse un momento, como los fuegos fatuos, y me aturdían, porque no lograba arrancarlas de mí. Empezaba á estar borracho y mi borrachera era tétrica y sombría como los sueños de los desesperados.

El espíritu del mal deslizaba en mi oído palabras muy risueñas, muy alegres .. eran como esperanzas de dichas futuras; me ofrecía un porvenir venturoso, y era muy fácil conseguirlo... me lo decía él y yo le creía... ¡ay de mí!... le creía.

—Tú puedes ser feliz —murmuraba el demonio que se escondía dentro de mi alma.—Hoy te falta de todo porque quieres... porque quieres tan solo. Es cierto que serás rico cuando tu madre muera, pero... ¿llegará ese día? ¿quién sabe!... ¡acaso te pudras tú

mil veces antes que suene la hora marcada para que entres en posesión de lo que hoy podrías conseguir con un sólo paso! Pero hay que tener valor... ¿comprendes?... decisión, energía El miedo es ridículo y un hombre no debe acobardarse nunca. Obras sobre seguro, porque nadie podrá probarte nada, y acabará esta vida de privaciones que llevas y serás libre como el aire.

Me convencí al cabo. ¡Era tan halagüeño lo que mi maldad me aconsejaba!... ¡era tan sencillo!... ¿Por qué no hacerlo?.. Valor -me dije. -Fuera recelos que me perjudican... fuera. Y me arrojé en brazos de la infamia y formé mi plán. Todo estaba previsto, hasta el más insignificante detalle... Entonces no lo sabía, pero después me convencí de que no me había olvidado de nada.

Seguí bebiendo Necesitaba que el vino concluyera de acallar los débiles reparos de mi conciencia. Sus protestas no llegaban á mi corazón, porque estaba ya petrificado por el vicio.

Y á todo esto la noche avanzaba rápida... ¡muy rápida!... Y cada minuto trascurrido me hacía sentir estremecimientos horribles, sacudidas violentas en todo el cuerpo, desbordamientos de la sangre que me ahogaba como si me oprimieran con fuerza la garganta... cada vez más .. y los segundos se unían á los segundos, y corrían... corrían... ¡Qué deprisa camina el tiempo para el malvado que espera la hora de cometer un crimen!

Todos mis compañeros se encontraban ya ébrios; en cuanto á mí, no sé si estaba embriagado ó estaba loco. No sentía nada... nada, excepto el golpear incesante de mis pensamientos

—Mirad—dije de pronto;—me siento mal. Voy á la posada á dormir un rato. Vosotros podéis continuar... debéis continuar; no quiero que por mí se termine la fiesta. Pedid aquí cuanto os haga falta .. no os importe el gasto, porque yo pago. Son las tres y á las siete podéis llamarme, ¿sabéis?... á las siete.

—Como quieras, hijo, como quieras—me contestaron.

Y salí de la taberna Ninguno se había dado cuenta de mi repentina y extraña retirada; nadie tampoco se fijó en que les engañaba en la hora... nadie... y les engañé sin embargo. El reloj marcaba las doce, las doce solamente, pero aquella diferencia de tiempo me hacía falta para llevar á cabo mi plan y quedar impune de mi delito. Era una sutileza de criminal avezado, pero no es extraño que se me ocurriera, porque para la infamia todos los malvados son maestros.

Crucé el pueblo procurando hacer el menor ruido posible; despacio... muy despacio... como la culebra que se arrastra cautelosa. Nadie me vió... ni me sintió siquiera; estoy seguro de ello, porque los que duermen no pueden ver ni sentir á la sombra que se desliza á lo largo de las calles solitarias y oscuras.

Cuando salí al campo, corrí desesperado. No podía perder tiempo... no podía. Si me faltaba, adiós impunidad y adiós riqueza y adiós todo. Y seguí corriendo... corriendo siempre... agitado, convulso, loco. Tenía miedo á los ladridos de los perros y huía de los cortijos, y pasaba destrozando sembrados, cruzando arroyos, saltando atajos, escalando tapias... adelante sin detenerme un momento en mi carrera...

Llegué á la puerta de mi casa; estaba cerrada y dentro no había luz. Mi madre dormía ya, sin duda.

¡Era la ocasión! Miré á todos lados... escuché atento... nada... no se veía á nadie, no se percibía el más leve rumor que pudiera infundirme sospecha. Después saqué del bolsillo la llave que siempre llevaba por si volvía tarde, y abrí la puerta.

Mi madre... mi cariñosa madre dormía profundamente, con la tranquilidad del justo que nada teme. ¡Quién había de decirle que aquel iba á ser su último sueño!... Cualquiera la hubiese tenido compasión al verla allí... sobre el lecho, con la espresión de bondad infinita que iluminaba su rostro sereno... pero yo no la tuve... yo no la tuve... Los mónstruos no se compadecen jamás, y yo soy un mónstruo de los más horribles.

De nuevo sentí la sangre invadir mi cabeza como una oleada de fuego; sentí latir mis sienes con violencia espantosa y temblar los átomos de mi carne como si uno á uno se despegaran de los huesos. Pero otra vez el demonio que me inspiraba, murmuró en mis oídos sus dulces palabras, sus frases halagüeñas, que llegaban á mi corazón envenenándole. Y no dudé ya... no dudé ni un momento. Saqué el puñal, busqué con la vista el corazón de la que me había dado la existencia, y cerré los ojos... cerré los ojos para no ver cómo descargaba mi mano armada sobre aquel pecho que había acariciado tanto en los felices días de mi infancia.

Después... ¿cómo explicar lo que sentí después? El contacto de la sangre me volvió á la realidad, comprendí entonces todo lo espantoso de mi delito, sentí miedo... horror... repugnancia de mí... no sé... no sé, pero llenaba el espanto mi alma.

Veía á mi madre tendida sobre un charco de san-

gre caliente todavía; había escuchado su último lamento semejante á una maldición, y mis ojos se nublaron y sentí frío .. mucho frío, pero hondo... muy hondo: como si se me hubieran congelado las entrañas.

Mil fantasmas ensangrentados danzaban á mi alrededor con satánica alegría; y me cercaban cada vez más... cada vez más, hasta tocar mis ropas con sus descarnadas manos .. No podía sufrir tanto.... no podía. Dentro de mí se habían desencadenado todas las furias y me arañaban el pecho sin piedad. Temblaba como los azogados sin poder dominar mi agitación; mi cabeza parecía que iba á estallar de pronto, según eran de terribles los golpes de la sangre en ella.... y no veía más que sombras confusas sin línea y sin color; y escuchaba claras, distintas, como si sonaran en mi oído, las carcajadas conque se regocijaba el inferno. Sentía que me faltaba aire que respirar y me ahogaba... me ahogaba...

Salí á la calle; oculté en un bolsillo el puñal ensangrentado que aún llevaba en la mano, y huí... huí con desatinada carrera, veloz como la desesperación que llevaba dentro. Escuchaba detrás de mí vocerío infernal que me acosaba de cerca, y me parecía sentir á veces la respiración ansiosa de alguien que me perseguía.

Llegué á la posada donde quedé citado con mis amigos, miré el reloj y eran las tres... ¡Me había salvado!

Aquella mañana á las ocho, cuando llegamos á mi pueblo, la gente no hablaba de otra cosa que del espantoso crimen cometido la pasada noche. La criada, al llegar á mi casa, se había encontrado con el ca-

dáver de mi madre y corrió despavorida para avisar á la justicia, que la prendió como primera diligencia.

Cuando me dieron la noticia del asesinato no me conmoví... no pude conmovirme ... ¿Cómo hacerlo si llevaba el delito sobre mi conciencia? Pero nadie lo notó... nadie. Creyeron que era efecto de lo rudo del golpe, de lo terrible de mi desgracia.

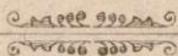
Me llamaron á declarar y fuí. Yo nada sabía, nada; así se lo manifesté al juez y me creyó. Había estado con mis amigos y no les abandoné hasta las tres de la madrugada para irme á descansar. Que se lo pregunten á ellos, que pregunten también al dueño de la posada, que lo pregunten á todos.... ¿Que de quién sospechaba?... ¿de quién?... ¡Ah, sí! de la criada; ella debió ser, sin dūda. Quiso robarla ... eso es.... quiso robarla.... Y arrojé sobre ella calumnia tras calumnia, infamia sobre infamia.

Mi infeliz sirvienta no pudo nunca probar su inocencia, y era inocente sin embargo. ¿Dónde había estado la noche del crimen, dónde había estado? ¿Quién podía asegurar que pasó la noche en su casa? Su hijo solamente; pero esta declaración, que no se confirmaba con ninguna otra, no podía servir.... ¿Qué iba á decir él, si era su madre?

El peso de la justicia cayó sobre ella. La esperaba la muerte ... la muerte afrentosa del patíbulo, y yo.... el asesino. .. el único culpable.... el infame parricida, la dejé ir.... la dejé ir á perderse para siempre entre las sombras del no sér, consentí que mancharan de ignominia su frente honrada, sin que hubiera en mí ni un átomo de nobleza que protestara de aquel nuevo delito.... ni un átomo siquiera ¡Perdón, perdón, Dios mio!... ¡Son tales mis crímenes, que una eternidad de

llanto no es bastante para borrar la mancha estampada sobre mi alma!

Desde entonces el remordimiento no me ha abandonado ni un instante y me ha mordido en el corazón hasta hacerlo pedazos. Para mí no ha habido más que dolores infinitos y rabia desesperada, y el espectro de mi madre me ha seguido á todas partes maldiciéndome siempre. ¡Ya no puedo más.... ya no puedo más! Mi vida se extingue en medio de esta pena que me deshace y que me ahoga. No me martiricéis más, demonios del infierno, con vuestros espantosos aullidos; no me martiricéis más, porque ya no soy un hombre, ya casi no pertenezco á esta tierra que tan execrable me ha hecho, soy una masa próxima á desplomarse, una luz que se apaga por falta de exígeno que la alimente. Yo me consumo por falta de aire, de luz, de alegría; por falta de sangre, de alma, de todo, porque ya no me queda nada.... nada más que pesares y lágrimas. Un soplo sólo de la muerte me basta para hundirme en la sombra eterna.... un soplo y todo acaba. ¿Habéis sentido?... Yo sí; es su hálito frío que ha llegado á mi frente.... Me siento desfallecer.... la luz huye de mí y no veo.... no veo... Estoy á las puertas de la eternidad... ¿Qué será de mí... qué será de mí...





EN EL BAILE

—¡Pero si es lo que yo digo!
Pa distinguir de... colores
no hay más que tú y yo.

—¡Pues claro!

—Y se acabó; que te *coste*.
Por eso cuando yo *vide*
en el baile á la *Pelones*,
valsando con el *Patillas*
la polka de un paso... doble,
me acerqué y les dije, digo:
Si esta mujer no se opone,
la quiero yo pa pareja
en el siguiente *galope*.
Él me dijo que si esto,
que si aquello y vuelta y torne,
hasta que yo por prudencia
y por no alterar el orden,
me retiré del salón...
¡vamos, por no darle un golpe!
Ya sabes tú que uno es uno,

y el que es listo no es muy torpe,
y un hombre es un hombre siempre
y una mujer...

—No es un hombre.

—¡Olé que sí! Mismamente
fué lo que yo dije entonces.

El baile estuvo tal cual,
porque faltó la *Bersote*,
y faltó la *Sevillana*,
la *Trini*, la *Lucas Gómez*,
la *Monifacia*, el *Falsetas*,
el *Cuellovuelto* y el *Forge*.

¡Que allí no hubo más que *méndigos*
de la *mendingancia* pobre!

Luego el baile se acabó
y aquello fué... ¡el *acabóse!*

—¡Naturalmente!

—¡Chipén!

¡Que has tenío el primer golpe!...

—¿Y él te buscó luego?

—¡Quita!

¡Buscarme á mí!... ¡Vamos, hombre!
Si me arranco por *folías*...

¡desempingoroto el orbe!

—¡Y ole y ole que sí, *Mangas!*

—¡Pues ole, ole y ole y ole
y ole cincuenta mil veces
que sí!

-- ¡Y dílo!

—¡Y que te *coste!*

Y á la *Pelones*, ¿la viste?

—¿Que si vide á la *Pelones*?...

¡Anda la *órdiga!*... ¡Claro!

La cogí y la dí tres golpes
en la geta, que le puse
la nariz hecha un pegote.
Después la dije la mar
de vocablos *comilfoles*,
y que á mí no me faltaban
mujeres mucho mejores,
porque tengo yo un aquél,
y una gracia, y unos toques,
y una facha... ¡que yo entiendo!
¡vamos, que nadie me tose!
Ella me dijo que estaba
loquita por mis primores,
y por mi modo de andar
y tóo el perfil de mi corte,
y yo en lugar de pegarla
tres patás en el *azdómen*,
me largué con ella, ¿sabes?
porque un hombre es siempre un hombre
¿Y el *Patillas*?

—Pues tan fresco.

—¿Y la chica?

—¡Tan conforme!

y si hay envidia, que la *haiga*,

y al que le duela que llore.

En final, ¿pa qué está uno?

—Pues pa eso... y buenas noches.

—¡Se ve aquí de un modo!...

—¡Vemos!

—¡Se conoce aquí!...

—¡Conoce!

—¡Nada, que es lo que yo digo!

Pa distinguir de colores

no hay más que tú y yo, . y náa más.

—¡Eso!

—¡Y dílo!

—¡Y que te *coste!*





LA DIMISIÓN DE SAN ANTONIO

— 0000 —

Á MI AMIGO

Antonio Robles Roig.



I.

Y llegó hasta su oído
rumor como de mar enfurecido;
y al escuchar el Sér Omnipotente
la infernal y confusa gritería
que cual roncó bramido de torrente
por la región del cielo se extendía,
frunciendo contrariado el entrecejo
ante esta serenata inoportuna,
dirigió hacia la tierra el catalejo
sin poder descubrir cosa ninguna.

Al fin llama, sintiendo que espantoso
el clamor de la tierra sube y sube,
y agitando sus alas, presuroso,

ante el Señor se presentó un querube.

—Acércate — le dijo enfurecido,
midiendo al servidor con la mirada. —

¿A qué obedece ese infernal ruido?

Habla; dí lo que sepas; yo lo pido.

—Señor, yo de las causas no sé nada.

Sólo observo lo mal que se conducen,
tal vez por poca cosa, esos malditos,
que á más de la inquietud que nos producen,
nos están fastidiando con sus gritos.

—Pues anda, vé al salón donde se encierra
la máquina de avisos celestiales,
y preguntas allí qué hay en la tierra
para que tanto griten los mortales.

El ángel que esto oyó, salió en seguida,
y con rápido vuelo,
después que le enteraron en el cielo
volvió con la respuesta apetecida.

—Sigue, Señor, tranquilo y no te alteres;
lo que ocurre no vale ni un guiñapo,
pues son las que así gritan las mujeres
que están, porque ha faltado á sus deberes,
poniendo á San Antonio como un trapo.

—¿Has dicho que faltó?... No lo comprendo.
Viene hace muchos años ejerciendo
y nunca le he tenido por bolonio...
Y el caso es... Nada, nada, vé corriendo
y que venga en seguida San Antonio.

II.

Y el santo que rigió los corazones,
presentóse ante Dios grave y sereno,

digno, sin inmutarse sus facciones,
como el que está seguro de ser bueno
y no teme calumnias ni traiciones.

—Vamos á ver, contesta—

le dijo al verle el Hacedor Supremo;—
mas procura ser breve en la respuesta.
¿Por qué se agita contra tí la gente?
Siempre has cumplido bien, pero me temo
que hoy hayas dado un paso inconveniente.

—Desde que estoy, Señor, en mi destino,
he cumplido fielmente mis deberes,
y Tú sabes muy bien con cuánto tino
casé en la antigüedad á las mujeres.

Si alguna un novio me pidió afanosa,
le busqué el que le estaba destinado...
pero ahora es otra cosa,
pues los tiempos, Señor, han cambiado.

Hoy piden las mujeres un marido
y les doy el que tienen elegido;
mas como á todo el figurar prefieren,
exigen novio rico y distinguido
y el que les he buscado no le quieren.

Esto da muy fatales resultados,
pues son los matrimonios desgraciados;
y hay voces, y pendencias,
y disgustos, y celos, y altercados,
y demás naturales consecuencias.

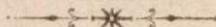
Después, de su insensato matrimonio
me echan toda la culpa las mujeres
y me llaman estúpido y bolonio...
¡y ahí tienes la razón con que esos séres
se vienen á quejar de San Antonio!

Ahora, Señor, espero

de tu bondad y complacencia suma,
que mi renuncia aceptes, pues no quiero
seguir en este cargo que me abruma.

III.

¡Así está de perdido el matrimonio!
Por más que piden novio las mujeres,
rezando sin cesar á San Antonio,
el santo las escucha y... ¡que si quieres!
Abandonó su puesto y sus deberes...
¡y hoy busca los maridos el demonio!





LO QUE NUNCA SE REMEDIA

Ó EL MARTIRIO DE UN AMANTE

— 689252 —
(Escena de una tragedia
del género fulminante.)

PERSONAJES: Un marido,
un amante y una esposa,
y un faldero entelerido
que parece una babosa.

El perro en la escena entera
no dirá esta boca es mía...
no ha de hablar, pues si lo hiciera,
Dios sabe lo que diría.

*(Al levantarse el telón
está en escena el marido,
ella en frente, en un sillón,
y el amante está escondido
en el hueco de un balcón.*

ÉL.—¿Que si te quiero yo?
En tí mi esperanza está.
¿Me amas?

ELLA.—¡Cómo no!

EL.—(*Abrazándola.*) ¡Oh!

ELLA.—(*Bostezando.*) ¡Ah!

EL AMANTE.—(*Que ha sacado
la cabeza con cuidado.*)

¡Pues me voy á divertir!

(*Esto lo debe decir
como quien está QUEMADO.*)

EL.—¿Siempre me brindará
amor tu boca de miel?

Tu pecho, ¿me olvidará?

ELLA.—Siempre seré fiel.

EL PERRO.—(*Ladrando*) ¡Guá!

—No cometas ni un deslíz,

—¡Oh! no habrá quien me reprenda.

¡Mi bien, yo te haré feliz!

(*Todo esto se recomienda
al talento de la actriz.*)

EL.—¿Tu alma tan pura está
que la calumnia no vé?

ELLA.—(*Con desprecio.*) ¡Bah!

EL AMANTE —(*Oculto.*) ¡Ah!

EL MARIDO.—(*Atento.*) ¿Eh?

ELLA.—No es nada; ruido
del viento... ¿Saldrás, querido?

EL.—No, si tu amor lo pide.

ELLA.—(*Aparte.*) Me divide,
sino sale, mi marido.

EL.—Mirarte necesito.

ELLA.—Tu ausencia me mata.

EL PERRO.—¡Guau!

ELLA.—¡Chito!

(*Aparte.*) El perro maldito
parece que me delata.

EL.—¡Un beso!

ELLA.—¡Un millón!

EL.—¡Te quiero!

ELLA.—¡Te adoro!

(*Se besan con efusión
y huye el perro por el foro
para no ver la función*)

EL AMANTE.—¡Malo, malo!

La cosa se pone fea;
mas, nada, no me acorralo
y aunque me peguen un palo
yo no aguanto la marea.

Estas lides amorosas
me ponen en un aprieto
por razones poderosas..
¡Qué caramba! ¡Ciertas cosas
deben de hacerse en secreto!

EL MARIDO —¡Qué calor!
Abriré el balcón, bien mio.

LA ESPOSA.—¡No, por favor!

EL.—¿Por qué, sino hace frío?

ELLA.—(*Al verle abrir.*) ¡Horror!

EL.—¡Cielo santo!... ¿qué ví?
¡Un hombre!... ¿Qué hace usted aquí?

EL AMANTE.—(*Algo aturdido.*)

¿Qué hago? Pues... que me caí...

—¿Pero de dónde?

—De... un nido.

EL ESPOSO.—¡Ay de mí!... ¡Qué

idea á surgir empieza!

¡El!... ¡ella!... ¡Oh, sí!... ¡bien se vé!

¡Traición, traición!... ¡Ay... no sé
lo que tengo en la cabeza!

LA ESPOSA.—¡Piedad, perdón!

EL.—No, que en mi corazón
se ha desatado el infierno.

ELLA.—¡Tenme compasión!

EL.—¿Qué he de tener?... ¡Un cuerno!

EL AMANTE.—¡Es inocente!

EL MARIDO.—Llama ardiente
es mi furor y os inmola.

Ya veréis; precisamente
tengo encima la pistola.

Sí, la muerte; solo así
cumpló mi venganza aquí.
Nada, me hundís y yo os hundo...
¡Pím! ¡pam! ¡pum!... tres tiros y
boca abajo todo el mundo.

ELLA.—¡Perdón!

EL.—¡Ingrata!

Has sido infiel y .. ¡al abismo!

¡es mi sentencia! (*La mata*)

y tú, por meter la pata,
sufre su suerte. (*Lo mismo.*)

¡Muertos!... ¡Dios mio!... ¡Y yo fuí!

Animo, pues; ¡me suicido!...

Pero no; si muero aquí,
¿quién contará por ahí
todo lo que ha sucedido?

Debo vivir.. eso creo.

Mi muerte nada remedia,

y aunque es morir mi deseo,

¡mejor es dar un paseo
y dar fin á la tragedia!

~~~~~

Baja el telón lentamente,  
y como aplaude la gente  
que el teatro—mundo llena,  
se vuelve á empezar la escena  
y así sucesivamente.







*A Guillermina Sánchez Robles.*

— 285/288 —

SONETO

Eres sencilla é inocente y pura  
como el tierno capullo de la rosa  
que aún no mostró á la luz esplendorosa  
de su simpar corola la hermosura.

La belleza del cielo en tí fulgura,  
pues puso Dios con mano cuidadosa,  
fuego y amor en tu pupila hermosa,  
miel en tus labios y en tu faz ternura.

Todo lo bueno en tu interior palpita,  
y no hay quien al mirar tu gentileza  
por tí no sienta el alma enamorada;  
y si eres en capullo tan bonita,  
¿cómo será la flor de tu belleza  
cuando abras tu corola perfumada?





A Guillermo Sánchez Robles

BONETO





## AL DELICADO POETA

*Plácido Langle*

CON MOTIVO DE LA MUERTE DE SU HIJA PURA



### I.

Cuando me dieron la noticia aciaga,  
miré á tu corazón.... ¡lo ví vacío!  
Los hijos son la luz que nos embriaga,  
y cada luz que oscila y que se apaga  
deja en el alma oscuridad y frío.

### II.

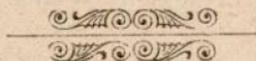
Lo he leído en el libro de la Historia,  
esa epopeya con el llanto escrita:  
¿Por qué amamos la vida transitoria,  
si detrás de la bóveda infinita,  
más allá de ese azul, está la gloria.

## III.

Feliz el que, al final de la carrera,  
le despiden aquí los que le aman,  
y al remontar su espíritu á otra esfera,  
oye en el cielo voces que le llaman  
y encuentra una sonrisa que le espera.

## VI.

Te haré revelaciones misteriosas  
por si calmar consigo tus querellas:  
¡El viento me ha contado, entre otras cosas,  
que son almas de niños las estrellas,  
que nos mandan sonrisas luminosas!





## ME DECIDO

---

A todas las muchachas de salero:  
las que no sean bonitas no las quiero.

Plenamente convencido  
de que así lo paso mal,  
y de la vida aburrido  
de soltero, me decido  
por la unión matrimonial.

Siendo mis actos formales,  
como Cristo nos enseña,  
con sus pelos y señales  
os voy á hacer la reseña  
de mis prendas personales.

Como me encuentro obligado  
á pintarme tal cual soy,  
debo decir de contado  
que, en cuanto á carnes, estoy  
como Sinesio Delgado.

Mi constitución es tal,  
que figuro entre los buenos  
por mi altura colosal.  
Soy un Aza (Don Vital)  
sobre poco más ó menos.

Pero, en verdad, ni me apura  
tal exceso ni me extraña.  
Tengo por cosa segura  
que me ganan en España  
más de veinte en estatura.

Cuento veinte años cabales,  
tengo buenas relaciones  
y dotes excepcionales...  
tengo muchas ilusiones,  
¡pero no tengo dos reales!

No me ponen en apuro  
de la fortuna las tretas,  
pues contra ellas voy seguro..  
Yo á nadie le pido un duro,  
¡le pido cinco pesetas!

Siempre tranquilo y sereno,  
á toda pena me escapo  
y á las chicas enageno,  
que en cuanto á bueno, soy bueno,  
y en cuanto á guapo, soy guapo.

Dentro de mí el genio late;  
soy esclarecido vate,  
escritor de pacotilla,  
y hago prosa.. con tomate  
y versos á la parrilla.

No me quisiera ocupar  
del alcance singular  
que mi talento revela...  
(Aquí conviene observar  
que se me murió mi abuela )

Vosotras sois mi consuelo,  
mi único y constante anhelo,  
las dueñas de mi albedrío;  
por vosotras diera el cielo...  
lo diera.. ¡si fuese mío!

En medio de tanto afán  
como en mi espíritu lucha,  
penas que vienen y van,  
me hacen falta, pero mucha,  
una mujer... y un gabán.

Por desengaños traidores  
lleno de hastío profundo  
y harto ya de sinsabores,  
quisiera estar en el mundo.  
á solas con mis amores.

Vivir exento de cuita  
en la soledad bendita,  
con mi mujer, por supuesto,  
aunque digáis que todo ésto  
no tiene gracia maldita.

Por eso, sin más tardar  
arreglar quiero mis bodas,  
mas... ¿con quién me he de casar?  
El caso es que os quiero á todas.  
¡no lo puedo remediar!

¿Cómo he de callar mis cuitas?  
¿cómo he de ver con enojos  
vuestras plácidas caritas?  
¡Hay tal fuego en vuestros ojos!...  
¡sois algunas tan bonitas!...

A vosotras toca hablar,  
pues á querer yo mostrar  
á alguna mi amor profundo,  
tendría que declarar  
mi pasión á medio mundo!

Y no hagáis lo que otras bellas,  
que por mis tiernas querellas  
me impusieron el castigo  
de quedarme yo sin ellas  
y ellas *quedarse* conmigo.

Expuestas ya las razones  
que me asisten, según creo,  
pongo fin á estos renglones.  
Ya lo sabéis: por correo  
se admiten proposiciones.

Almería, 1886.



## LA VISITA DEL PRIMO (\*)



A MI AMIGO EL NOTABLE DIBUJANTE Y DISTINGUIDO ESCRITOR

*Antonio Fernández Navarro.*

La familia de D. Juan Peralta se había levantado muy temprano aquella mañana. La casa estaba patas arriba, como quien dice, y madre é hija corrían de un lado para otro, organizando y distribuyendo del mejor modo posible los racimos de muebles apilados en los rincones sin orden ni concierto.

—Vamos, niña: prontito eso, que es tarde y debe llegar de un momento á otro. Es necesario que todo lo encuentre preparado, ¿sabes? Mira: pon ahí en ese clavo, junto á la cabecera de la cama, la relojera..... anda; y en ese otro, el espejo para que tu primo se peine y se arregle la corbata.... ¡Jesús! ¡No puedo con las prisas! Bien podía haber avisado con anticipación, porque ahora, ¡claro! se nos echa todo encima... A ver: traéte dos sillas del comedor... No te entretien-

(\*) De una novela inédita.

gas en mirarte al espejo, que lugar tendrás después... ¡Ay qué cabeza la mía! ¡Pues no se me ha olvidado sacar sábanas limpias del armario!... ¡Si es lo que estoy diciendo á cada momento! Estos trotes no son para mí, porque ya me voy poniendo vieja y lo que me conviene es el descanso y la quietud y ... ¡Nada, que me está fastidiando Enriquito!

Doña Trinidad, pues así se llamaba la respetable señora con quien hemos entrado en conocimiento, no se daba punto de reposo. Y el caso no era para menos: la llegada de Enrique, el hijo de su hermano Anselmo, el rico propietario de Extremadura á quien tantos favores debía, era un acontecimiento en aquella casa. Un sobrino millonario es una esperanza cuando se tiene una hija casadera ¡Si Doña Trinidad lo pudiera pescar para Consuelo!... ¡Qué más querrían todos ellos! Bien mirado, no tendría nada de particular. Otras cosas hay más difíciles y se verifican sin embargo á pedir de boca. Ahí está, por ejemplo, la niña de los Castrillos, que no tenía sobre qué caerse muerta, y á pesar de eso, se casó con uno que es marqués ó conde... ó caballero de la Real Casa... algo así... en fin, un personaje. Y todo, ¿por qué? Porque la chica es bonita... Pues miren ustedes: á esto no le gana nadie á Consuelo, eso no; y ya lo dicen bien claro todos los que la conocen. No; la de Peralta no exageró nunca al referir las cualidades de su hija, porque ella la miraba imparcialmente y veía sus defectos. ¡Vaya si los veía!... Ella no era como otras madres que tienen la pretensión de creer que sus retoños son poco menos que ángeles bajados del cielo. Y luego, véalas usted despacio... ¡A cualquiera cosa llaman bonita estas gentes!

Todos estos pensamientos y estas cavilaciones de la buena señora, no la impedían ocuparse en el arreglo de la habitación con una actividad espantosa, mareante. ¡Qué agitación! ¡Qué movimiento! ¡Qué de ir y venir, y qué de vueltas para aquí, para allá y para todos lados! Y al mismo tiempo, como si fuera una máquina á la que hubiesen dado cuerda, no dejaba de hablar y hablar, y colocar sillas, y desdoblar ropas, y limpiar cuadros, mesas, todo, porque todo lo sacudía escrupulosamente. Parecía el ideal de la mujer hacendosa y trabajadora en medio de sus atributos: escoba, plumeros, trapos... ¡la mar de cosas! Y dale que le das al polvo y á la basura, y esto quito y aquello coloco, hasta dejar el cuarto brillante y aseado como un espejo, y arreglado y bonito como un camarín de Virgen.

Su hija Consuelo la ayudaba en la tarea. Entre las dos iban á poner aquello que ni pintado. ¡Que fuera allí... que fuera allí quien quisiese á ver si era posible hacerlo mejor en el mundo! Pero, ¡claro! lo que ellas decían: —De seguro que ni siquiera se fijarán en que esto cuesta trabajo. ¡Como si arreglar una habitación fuera cosa de poco más ó menos!... ¡Vamos, que era para matar al que murmurase!...

Y Doña Trinidad empezaba á irritarse sólo al imaginar que pudiera haber una persona que no quedase perpleja ante su *talento casero*, como ella le llamaba.

Y luego... ¡en un momento todo! ¡Con tiempo hubieran hecho prodigios! Pero, nada; habían preparado el cuarto de prisa, á escape, porque no tuvieron más remedio que hacerlo así.

—Parece mentira —decía la respetable mamá de Consuelo,— parece mentira que no nos haya avisado

hasta ayer, ¿no es verdad? Debía de haber escrito con anticipación. Pero no: pone un telegrama diciendo: *mañana llego*, y ya tienes á Periquito hecho fraile... Gracias á que ha salido todo bien; porque yo, hija mía, te digo que no sé cómo he sacado fuerzas para tanto. ¡Ay Jesús!... ¡Jesús!... ¿A que no sabes lo que le pasó anoche á don Ventura, el vecino del principal?... ¡Tiene gracia! ¡Já, já, já!... ¡tiene gracia! Yo me he reído mucho... Toma, Consuelo, esta toalla y ponla en su sitio... Eso es; así está bien. Pues sí; figúrate que el pobre hombre traía una borrachera de padre y muy señor mío, y en lugar de meterse en su casa; subió al segundo y se coló en el cuarto de la Pepa, ¡Calcula tú! Ella quiso echarle á la calle; pero don Ventura se empeñó en acostarse en la cama y ¡que si quieres! no hubo medio de convencerle... Quitá, niña; no tires de ese tapete, que vas á hacer alguna barbaridad ¿No puedes estarte quieta hasta que yo te lo mande?... ¡Ah! Pues verás. Cuando estaban en esto, llega el marido de Pepita, que es muy bruto, como sabes, y ahora le toma, ahora le deja, le dió una de golpes y bofetadas que lo puso medio muerto en la escalera. ¡Qué cosas, hija mía, qué cosas les suceden á algunas personas!... Pues mira, no me dá lástima: que se fastidie por torpe. ¡Cuidado con meterse en un cuarto que no es el suyo á dormir la borrachera y á desalojar el estómago... eso es, á desalojarlo, porque lo que es la escalera la ha puesto perdida! Y naturalmente, hoy le tienes en la cama hecho un atún, sin poderse mover... ¿Te parece que pongamos las fundas en las butacas? Sí: es lo mejor. ¡Bonitas iban á quedar sin ellas! No sé cómo se las componen, pero el caso es que todos los hombres son unos puer-

cos... ¡Qué oportunidad la de la criada! ¡Ponerse en férma hoy que es cuando más falta nos hace!... ¡Nada, no hay más remedio que sufrir esta contrariedad! ¡Qué se le va á hacer!... Oye: arrima el sofá á la pared... Más... así, déjalo ya. Ahora, ven y empuja un poquito la cama... ¡Ay!... Maldito sea el demonio! Me he cogido el brazo contra los hierros Ayúdame, Consuelo, ayúdame. Tira de aquí, de la mano... fuerte... más fuerte.. ¡Ay! Me parece que se me ha encogido un músculo... ¡Esto era lo único que me faltaba!... Es un calambre, sí, y gordo Deja, deja... ya se va quitando. ¡Caramba, cómo duelen los condenados!

—¿Quieres que hagamos la cama, mamá?

—¡Ah! Es verdad. ¡Vamos, si ya no sé donde tengo la cabeza!

Consuelo estaba mal, se le conocía en la cara. ¡Qué mareo! Toda la mañana, desde las cinco, trabajando en aquel maldito cuarto. Y, sobre todo, aunque ella no lo confesaba, la charla de su madre la tenía aturrida. ¡Ya no podía más! Si aquello duraba mucho tiempo, no respondía de su estómago, y... vamos, que no respondía... ¿Por qué no la habían de dejar mirarse al espejo? ¡Qué fastidio! ¿Si querría su mamá que se presentase hecha una facha delante de su primo? Pues no; no pasaba por eso; que no pasaba, ¡vaya! ¿No era una vergüenza que Enrique la viera como una fregona? Sí, señor, lo era, pero no había más remedio que estar allí á vueltas con el polvo y las telarañas.

—¿No te he dicho —proseguía D.<sup>a</sup> Trinidad,— quién estuvo aquí ayer al mediodía, mientras tú fuiste á comprar el raso para tu vestido? ¿No? Pues Alejandro, el novio, de la hija de la *Boticaria*. ¡Si hubieras

visto que elegantón y qué peripuesto venía!... Levita, sombrero de copa, guantes amarillos, magnífica corbata con alfiler de brillantes.... ¡vamos, hecho un príncipe!... Espérate: pondremos el colchón de rayas azules encima; es más bonito y luce más.... Deja..... ¡Uuy!... Ya está. Pues sí: vino á hacernos una visita y á preguntar por la salud de todos. También me habló de su boda ... Tira, tira de ahí, de la sabana, de aquella punta.... no tanto.... eso es. Sí, me habló de su boda, y me dijo que tal vez se verificase á fines de esta semana. Y á propósito, ¿qué opinas tú de ese casamiento? Porque yo creo que no es oro todo lo que reluce ni hay tanto amor como parece. Ya ves, á mí no me importa, ni quiero meterme en vidas ajenas; pero, ¿qué quieres que te diga? Hay cosas que no me caben en la cabeza ... ¡Pero, señor, qué callada se tenían la noticia los muy pícaros! ¡Esta *Boticaria* es más reservada y más....! No cuenta á nadie una palabra. ¿Te ha dicho á tí algo? ¡Cá! ¡Bueno fuera!.... En fin, hija, no murmuremos, porque ese es un vicio muy feo, y á mí no me gusta cortarle la piel á nadie. Y á todo esto, ¿qué hora será? Voy á enterarme, porque ya no debe faltar mucho para las ocho, y á esa hora llegará Enrique. Al momento vuelvo.

Consuelo aprovechó aquella tregua para mirarse al espejo, y que no se encontró del todo fea lo demuestra la sonrisa de satisfacción y de orgullo que apareció en sus labios. Verdaderamente estaba muy bonita. Su carita fresca, blanca y sonrosada; su boca pequeña, alegre, incitante; sus grandes ojos negros, brillantes y juguetones no me dejarán mentir. Pero debía arreglarse un poco, porque sus gracias no lucían con aquel traje de sirvienta de casa pobre. Sí, señor, y ella mis-

ma lo comprendía, y por eso se desesperaba y se..

—¡Consuelo!

—¡Voy!... ¿Para qué me querrá mi mamá ahora?

Y mientras se dirigía al encuentro de su madre, pensaba, con la mayor inocencia, por supuesto:

—¡Qué ganas tengo de que llegue mi primo! ¿Será elegante? ¿será listo? ¿será guapo? No sé por qué me figuro que sí; y es más, me parece que le voy á querer mucho.. mucho.... ¡Como que no le conozco y ya le quiero bastante!

—Niña—apareció diciendo D.<sup>a</sup> Trinidad,—ya puedes ir pensando en arreglarte un poco, ¿sabes? Dentro de un cuarto de hora estará aquí Enrique, y es necesario que te presentes con alguna decencia. Anda. Yo terminaré lo que queda que hacer. ¡Ah! Ponte la falda negra, ¿comprendes? Cierra bien la puerta por dentro, hermosa.... ¡Qué contenta va! Estas muchachas son atroces. En tratándose de adornos y perifollos se vuelven locas. ¡Qué coquetas, Dios mío, qué coquetas!... ¡Suena un coche!... ¡Llaman!... Ellos son, sí, ellos son... ¡Consuelo, Consuelo! ¡Ya están aquí!

—¡Tía, tía!—gritó desde abajo Enrique con toda la fuerza de sus pulmones. Y subió la escalera saltando los peldaños de tres en tres. La Historia no recuerda en sus páginas abrazo más apretado ni más cariñoso que el que se dieron tía y sobrino. A poco más se ahogan mutuamente.

Hubo después un diluvio de preguntas y contestaciones. ¡La mar y sus arenas! ¿Cómo estaban su mamá, su papá y su hermanita Amalia?... ¡Vaya, vaya!.. ¡Cuánto se alegraba ella de que todos estuviesen buenos!

—Pero, vamos á ver —decía Enrique, — esta es mi prima, ¿verdad? ¡Caramba, qué bonita!... Vamos, ¿tú no me das un abrazo? Te avergüenzas, ¿no es eso? Pues no debe ser así, porque por algo somos primos. ¿No es cierto, tía?

—Sí, todo lo que quieras. Hoy no podemos negarte nada .. ¡Vienes muy delgadito!... ¡Qué mal te cuidan en tu casa!

—No diga V. eso. Si estoy delgado es por naturaleza; pero sospecho que aquí me voy á poner gordo, créanlo Vds., al lado de una chica tan mona como Consuelo. ¡Ay prima, prima! ¡Me parece que para mi seguridad personal tienes demasiados atractivos!

Todos estaban verdaderamente satisfechos. A Consuelo se le iban los ojos detras de su primo. No se había equivocado. ¡Qué guapo era y qué listo y qué distinguido! ¡Valía mucho más que Alejandro y que *Demóstenes* y que el otro! No, y lo que es á él no le había desagradado tampoco su primita. ¡Quite usted de ahí, hombre, pues si era una pintura la niña! ¡Qué expresión en los ojos, qué gracia en las líneas de la boca y qué cuerpecito tan elegante, tan aristocrático y tan bien formado! Aquello valía un imperio, sí, señor, y se quedaba corto.

—Conque todos tan buenos, ¿eh? Me alegro mucho... Pero, ¿*dónde han puesto ustedes mi cuarto?* Lo digo porque quiero asearme un poco y mudarme de ropa y .. etc. Vamos, Consuelito, ¿quieres guiarme tú? A mí me gustan las buenas compañías, y contigo voy á cualquiera parte.

Estas palabras produjeron efecto instantáneamente. Don Juan soltó la carcajada con estrépito; Consuelo se puso colorada como un tomate, y D.<sup>na</sup> Trini-

dad... ¡caramba!... D.<sup>a</sup> Trinidad se sonreía maliciosamente como si las bromas de su sobrino le hicieran á ella cosquillas en el corazón.

—Conque, dime: ¿me acompañas?—repitió Enrique.

—Deja, deja; no seas *inocente*—exclamó la señora de la casa.—Yo te conduciré á tu habitación. Allí tienes de todo, ¿sabes? Pero si te hace falta algo, llamas. ¡Anda, hombre, anda! ¡No te embeleses mirando á tu prima, que lugar tendrás después!

Y echó á andar, murmurando para sus enaguas:

—Decididamente: atrapar á un sobrino rico, cuando es jóven y el cebo es una muchacha bonita, no es tan difícil como yo creía. Y lo que es en esta ocasión hay pesca segura ¡Vaya si la hay!... ¡Como que el pez ha tragado ya el anzuelo!







# EN LA CALLE

## CUADRO AL FRESCO

—Oiga usted, pimpollo, ¿á dónde,  
encamina usted sus pasos?

—¿Y á usted le importa?

—Lo digo  
porque me va usted gustando,  
y porque tiene usted un cuerpo  
y unos ojillos que... ¡vamos,  
los estoy viendo de cerca  
y me ponen turulato,  
y tóo el calor de la sangre  
se me va reconcentrando!

—¿Es de verdáz?

—¡La chipén!...  
¡Me queman esos ojazos!  
—Pues llamaré á los bomberos.  
—No hacen falta.

—Por si acaso;

pues con el fuego que trae  
y esa presunción de guapo,  
si lo ven á usted, lo van  
á tomar por fuego.... *fátuo*.

—Usted me va á volver loco,  
y de usted no me separo,  
y se va á venir conmigo....

—¡Yo no me voy tan temprano!

—¿Que nó?

—¡Que no!

—¿Nunca?

—¡Nunca!

—¿Ni con *mangue*?

—¡Ni con *mango*!

—¡Bah!.... que si yo le dijera  
que tengo, pongo por caso,  
riñones al natural,  
y langostinos, y callos,  
y unas chuletas de cerdo,  
y un cuartito reservao,  
y dos botellas de vino....  
ú tres, si llega á la mano,  
y unas almendras pa postre  
y otros *combustibles*.... ¡vamos,  
que se ablandaría!

—¡Puede!

—Entonces, chiquilla, andando;  
vamos á tu *domicilio*,  
allí me aguardas un rato,  
y mientras doy una vuelta  
en menos que canta un gallo,  
y me *machaco* tres duros,

¡vaya si me los *machaco!*  
y me los llevo á tu casa,  
pero cómo, que de canto.

—Eres muy barbián.

—¡Tal vez!

—Y muy chulo y muy simpático.

—¡Olé tu gracia, morena,  
y olé tu sal y tu garbo!

—¿Conque te espero?

—¡Que sí!

—¿Iremos al puente?

—¡Claro!

—¿Y si nos viera mi novio?

—¡Toma, pues le convidamos!

—¿Y si hubiera bronca?

—¡Que haiga!

—¿Y si me pega?

—¡Lo masco!....

¡Pues si tengo yo un *carácter*  
que nadie me gana á bárbaro!

—Entonces, adiós.

—Adiós.

—Que no tardes.

—No me tardo.

—¿Te se apagó ya la sangre?

—¡Zaragatera!

—¡Chulapo!

—¡Vamos, que te merendaba  
como dos y dos son cuatro!

—¡Límpiate, que estás de huevo!

—¡Ya veremos en cenando!!







# LA LUGHA ETERNA

—0303—

A MI AMIGO EL POETA  
FRANCISCO AQUINO CABRERA



## I.

—Oye: yo te he querido con locura  
y aquí en mi corazón fuiste señora;  
yo cifré en tu cariño mi ventura  
y has alumbrado mi existencia oscura  
con reflejos dulcísimos de aurora.

Tú llenaste mi pecho de consuelo  
y aún por tí el alma, á mi pesar, suspira;  
tuve en tí tanta fé como en el cielo,  
y busqué tu cariño con anhelo,  
y me juraste amor... ¡y fué mentira!

Mira: ve lo que has hecho:

aquí hubo un corazón dentro del pecho  
que latió para tí, para tí sola,  
y hoy, que tu negra ingratitud me inmola,  
te lo vengo á pedir y está deshecho.

Escucha: has sido infiel, me has engañado;  
hay huellas en tu faz que te delatan  
y que van pregonando tu pecado.

Vé por qué vengo á hablarte con enojos  
y ve por qué mis penas se desatan,  
pues comprendí la vida por tus ojos  
y ahora tus ojos son los que me matan.

¡Aparta!... ¡Huye de mí! No quiero verte.

¡Déjame, déjame, que yo no puedo!

Yo debo aborrecerte

y tus ojos me impulsan á quererte,  
pero miro hacia el alma .. ¡y tengo miedo!

¡Huye!... Comprende lo que estoy penando  
y perder este amor lo que me cuesta...

¿Ves? Te quiero olvidar y estoy llorando,  
que la razón, que es fuerte, te detesta,  
pero te adora el corazón, que es blando.

## II.

—Oye, oye bien: te quiero con locura  
y para mí eres vida y luz y gloria.

¡Ven... ven á mí, que aunque te miro impura  
y sé que has de labrar mi desventura,  
no te puedo arrancar de mi memoria!

Yo te quise olvidar por tu bajeza,  
pues no encontraba á tu traición disculpa,  
pero lejos de tí todo es tristeza

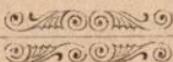
y he llorado más veces por tu culpa  
que cabellos contiene mi cabeza.

Mira: ve si he sufrido:  
en la lucha tenaz que han sostenido  
mi alma y mi razón, perdí la calma,  
pues sufre el vencedor como el vencido  
en las batallas íntimas del alma.

Escucha: vuelve á amarme, te lo ruego;  
es mi vida sin tí senda de abrojos  
y ya no puedo más y á tí-me entrego.  
Si te ofendí, perdona mis agravios,  
pues quiero ver tu rostro sin enojos,  
y beber el perfume de tus labios,  
y mirarme en los cielos de tus ojos.

¡Ven!... Mirame á tus piés enamorado,  
implorando tu amor que me ha matado.  
No me guardes encono  
ni me dejes morir desesperado,  
hoy que sé que eres vil y te perdono.

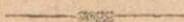
¡Ven!... Tus ojos me impulsan á quererte  
con fuerza irresistible... ¡y quiero verte!  
¿Ves? Imploro tu amor y estoy llorando,  
¡que en esta lucha, el corazón, que es blando,  
hoy ha vencido á la razón, que es fuerte!







## Flores de trapo.



¡Olé la gracia de las mujeres  
y olé tus labios angelicales!  
Dilo de nuevo... ¿Conque me quieres?  
Ninguna ha sido lo que tú eres  
ni vale nadie lo que tú vales.

Eres tan linda que me mareas  
y de ventura mi pecho bañas,  
mas te amo tanto que si me engañas,  
para que veas:

oye, chiquilla de mis entrañas,  
aunque me engañes, ¡bendita seas!

Eres asombro del mundo entero,  
y cuando sales con esa gracia  
y esa alegría y ese salero,  
mueves tu cuerpo zaragatero,  
¡y boca abajo la aristocracia!

¡Olé tu estampa, chiquilla mía,

la de los dientes de pedrería,  
la de los labios como la grana!  
Te quiero tanto que te comía  
de buena gana  
como si fueras una arropía.

Porque no hay boca como tu boca  
y está tu rostro de encantos lleno,  
y el airecillo que audáz te toca,  
y el sol ardiente que te sofoca,  
te van gritando: ¡viva lo bueno!

Hurí te llaman y tú te engrías,  
pero superas á las huríes  
y eres orgullo de Andalucía.  
¿Ha habido alguna que se sonría  
con el salero que tú sonries?

¡Cál ¡ni pensarlo! porque tú vales  
más que ninguna de tus iguales,  
lo que la Virgen á quien respetas;  
¡la mar de duros, la mar de reales,  
y de billetes y de pesetas!

De cuanto tengo, si así te agrada,  
te hago la dueña por remonona  
y porque vivo de tu mirada.  
En este instante no valgo nada,  
pero dispones de mi persona.

Abre sin miedo tus labios tiernos  
y dime al punto lo que deseas...  
Si del demonio quieres los cuernos,  
habla, y tan sólo porque los veas,  
voy y los saco de los infiernos.

Aunque la hieran como flechazos,

mi alma suspira porque la beses  
con las miradas de tus ojazos,  
y eso que supe que hace dos meses  
volviste locos á dos ingleses  
que se morían por tus pedazos.

Dulce consuelo de mis pesares  
y de mis penas,  
¡viva la gracia de tus andares!  
Eres la perla de las morenas,  
y entre las hembras no son más buenas  
ni las que adoran en los altares.

Ya sabes, niña, lo que te quiero,  
por lo que vales y lo que eres  
y porque todo de tí lo espero.  
¿Me quieres mucho?... ¿Que sí me quieres?  
¡Olé tu cuerpo zaragatero  
y olé la gracia de las mujeres!





# ÍNDICE

Páginas.

|                                       |     |
|---------------------------------------|-----|
| ESCENA ÍNTIMA. . . . .                | 5   |
| Á CANDELARIA CIRRE. . . . .           | 9   |
| Á UNA INGRATA. . . . .                | 11  |
| UN ARREGLO. . . . .                   | 15  |
| EL FINAL DE UN DRAMA. . . . .         | 19  |
| FILÍPICA. . . . .                     | 27  |
| ACORDAR TARDE. . . . .                | 31  |
| REGLA Y EXCEPCIÓN. . . . .            | 35  |
| SERENATA. . . . .                     | 39  |
| EL REMEDIO. . . . .                   | 43  |
| COSAS DEL TIEMPO. . . . .             | 47  |
| ¡NO MÁS PENAS!. . . . .               | 49  |
| ¡Á LA OTRA PUERTA!. . . . .           | 53  |
| DIFERENCIAS. . . . .                  | 59  |
| APUNTES. . . . .                      | 61  |
| NO ES BASTANTE. . . . .               | 67  |
| VOLVER POR OTRA. . . . .              | 71  |
| CORREO INTERIOR. . . . .              | 75  |
| VIRTUD AL USO. . . . .                | 79  |
| Á ANITA CIRRE. . . . .                | 83  |
| LLEGAR Á TIEMPO. . . . .              | 85  |
| CONCLUYAMOS. . . . .                  | 93  |
| MELODIA ÍNTIMA. . . . .               | 97  |
| DIA DE TOROS. . . . .                 | 99  |
| LO QUE SON LAS JUERGAS. . . . .       | 103 |
| CONSEJO GRATUITO. . . . .             | 107 |
| NUBE DE VERANO. . . . .               | 111 |
| UNA VICTORIA. . . . .                 | 115 |
| ¿QUÉ HAGO?. . . . .                   | 119 |
| CARRERA DE OBSTÁCULOS. . . . .        | 125 |
| Á ROSARIO CHEREGUINI. . . . .         | 129 |
| COSAS DE ELLOS. . . . .               | 131 |
| MEMORIAS DE UN PARRICIDA. . . . .     | 135 |
| EN EL BAILE. . . . .                  | 147 |
| LA DIMISIÓN DE SAN ANTONIO. . . . .   | 151 |
| LO QUE NUNCA SE REMEDIA. . . . .      | 155 |
| Á GUILLERMINA SANCHEZ ROBLES. . . . . | 161 |
| Á PLÁCIDO LANGLE. . . . .             | 163 |
| ME DECIDO. . . . .                    | 165 |
| LA VISITA DEL PRIMO. . . . .          | 169 |
| EN LA CALLE. . . . .                  | 179 |
| LA LUCHA ETERNA. . . . .              | 183 |
| FLORES DE TRAPO. . . . .              | 187 |



